

3 de agosto de 2021/A propósito del 78 aniversario del diario *El Nacional*

Corres

EN TIERRA CALIENTE

ponsales



actually.es

1999. Una turba enardecida ante la muerte de un estudiante en Cumaná, incendió la sede de la gobernación del estado Sucre.

Nuestra edición extraordinaria

El diario *El Nacional*, está cumpliendo 78 años de haber sido fundado en Caracas el 3 de agosto de 1943. Felicitaciones.

En la actualidad, 2021, esa empresa editora está deshecha, perseguida, acechada, arruinada y expropiada por el régimen dictatorial que martiriza desde hace 22 años a Venezuela.

En diciembre de 2018 su versión impresa salió de circulación. Desde entonces, la marca comercial continúa solo en versión digital.

Pero el producto que sobrevive adolece de periodistas con oficio, desaparecieron a los fotógrafos, abolieron el periodismo de investigación, sus principales articulistas han migrado a otras plataformas o creado las suyas. Respira a expensas de lo que publican (muchas veces sin verificación) las redes sociales. Tampoco tiene memoria: Su archivo había cesado de prestar servicios en línea aun antes de la ejecución de las medidas judiciales.

Sin embargo, el prestigio y la gloria de aquel grandioso medio impreso, que sus periodistas edificaron y consolidaron con talento y esfuerzo, resisten al olvido. Gran parte del éxito fue obra de ellos. Las nuevas generaciones de comunicadores deben saber cómo lo hicieron.

Por ello, *Actually.es*, un portal que se produce en España, dirigido por extrabajadores de *El Nacional*, inicia con esta producción una serie de recopilatorios de las experiencias más sobresalientes en la historia del diario.

Comenzamos con la de los corresponsales que durante tres, cuatro, cinco y hasta seis décadas se dedicaron a exponer lo que todos los días sucedía en la región oriental de Venezuela.

Víctor Suárez, editor de Actually.es

ÍNDICE

EVARISTO MARÍN:

Mil batallas orientales
Páginas 3-8

AMÉRICO FERNÁNDEZ:

25 años al paso
Páginas 9-14

SEBASTIÁN DE LA NUEZ:

Francia Natera, pionera adentro y afuera
Páginas 15-22

EVARISTO MARÍN:

José Luis Mendoza llegó al periodismo vía el sindicalismo petrolero
Páginas 25-24

JOSÉ LUIS MENDOZA:

Playas, teatros y operaciones
Páginas 25- 28

VÍCTOR SUÁREZ:

Los Tres Villalobos
Páginas 29-31

EVARISTO MARÍN:

Más de un 'Pulitzer' le deben a Augusto Hernández
Páginas 32-35

PROMOCIÓN 1990:

Togados en la UCV
Página 36

EVARISTO MARÍN:

-Me jugaba la vida por una noticia

-Miguel, no son visiones; es una caravana del circo Razzore
Páginas 37-40

VÍCTOR SUÁREZ:

Cucho, testigo ocular
Páginas 41-46

FOTOGRAFÍAS: Archivos de Augusto Hernández, E. Marín, A. Fernández y Víctor Suárez

Foto en pág. 15: Mariana Yépez

Foto pág. 29: Eduardo Mayorca

@ 2021 - Actually.es. Todos los derechos reservados.



MIL BATALLAS orientales

EVARISTO MARÍN/

Los grandes acontecimientos de medio siglo XX y parte del XXI, han tenido en los relatos de los corresponsales de *El Nacional* las páginas más vibrantes, emocionantes, dramáticas, poéticas y conmovedoras que se pueda imaginar. Ningún otro flanco periodístico conjuga tanto prodigio.

Ese texto, pura poesía, que acompaña el encuentro entre una madre y un hijo rescatado de un salvamento marino o de los escombros de un terremoto. La novelística narración de un naufragio. Un amanecer con el Neverí, desbordado y turbulento, convertido en río navegable en todas las calles alrededor de la catedral. La capacidad para dar forma de noticia, en

**Incendio en refinería
de Puerto La Cruz**



cada párrafo, a los más diversos acontecimientos, exigirá siempre del corresponsal mucha autenticidad, mucha emoción y mucha prontitud. Esto lo convierte en protagonista de un periodismo verdaderamente versátil y muy excepcional.

Los batalladores, afanosos y arriesgados corresponsales de *El Nacional*, siempre laboralmente muy exigidos, pocas veces bien remunerados y en pocas oportunidades injustificadamente despedidos, atropellados y hasta ofendidos en su dignidad profesional y humana, tenemos un puesto bien ganado en la historia y trayectoria de este periódico.

Con *El Nacional* liderado por su fundador, Miguel Otero Silva, viví una época espectacular. En presencia del jefe de información, José Luis Mendoza, el jefe de redacción don José Moradell me saludó muy afectuosamente y me felicitó “por la excelente cobertura de las noticias en Oriente”. Cierta vez el director Ramón J. Velásquez me nominó para jefe de Provincia (eso no fue posible, desafortunadamente).

En este oficio, y lo puedo contar con experiencia propia, uno no tiene tiempo ni para sustos. En Ciudad Bolívar, los proyectiles silbaron atronadores sobre mi cabeza cuando el jefe de la guarnición militar ordenó dispersar, frente a los tribunales, a una multitud que amenazaba con linchar a dos esbirros de la Seguridad Nacional, la policía política del dictador Pérez Jiménez. A las puertas del bar Espa-



Barcelona 1959. Vía férrea sin ranchos alrededor.

ña, un ebrio reventó una botella de cerveza contra el casco de un soldado y el teniente coronel Niño, gritó ¡Fuego!

Fitzí Miranda y yo logramos refugiarnos en el zaguán de una casa.”Abran la puerta, soy Fitzí”, dijo el fundador de Radio Bolívar. Eso ocurrió en 1958. Una joven maestra se desplomó muerta sobre la calle, desde lo alto de un balcón.

Cuando regresábamos de la isla del Degredo, en la cual fueron explicadas las obras preliminares para el futuro Puente Angostura, en la parte más angosta del Orinoco, vi naufragar frente a la Piedra del Medio, a uno de los botes, atestado de funciona-

rios gubernamentales, empresarios y periodistas. “Nunca había visto el Orinoco tan furioso”, contaba el gerente alemán del Gran Hotel Bolívar. En aquella y otras dos noches me desperté sobresaltado, temblando. No se me olvidaba que en medio del naufragio, Natalio Valery Agostini, gerente del Banco Regional de Guayana, sacó su revólver y se apoderó de un salvavidas, exclamando amenazante: “a quien intente quitarme este salvavidas, lo mato”. Yo estaba a su lado.

En mis tiempos de corresponsal, el acontecer de muchas zonas geográficas del país me tuvo siempre en primera línea. Primero, de Tucupita a Maracaibo, pasando por El Tigre, Barcelona y Ciudad Bolívar, entre 1957 y 1960. Un día la lejanía zuliana me venció y regresé a Oriente, otro día volví al periódico desde mi pródiga tierra margariteña de playas y azules (del 61 al 63).

Cuando uno lleva el periodismo en el alma, es la vocación lo que prevalece. Contra la voluntad de mi familia, después de diez años alejado de estos quehaceres, renuncié a un trabajo de alto rango y bien remunerado en la Universidad de Oriente, para volver al duro trajín de la noticia, desde la Corresponsalía de Barcelona. Mi tranquilidad y un halagador futuro universitario quedaron atrás. Cuando los arrepentimientos llegan tarde, lo mejor es olvidarlos. Llevo con gran orgullo haber formado parte del grupo fundador de UDO, en Puerto La Cruz, entre 1964 y 1973.

Es histórico que desde su fundación y por muy largo tiempo, *El Nacional* asignó a sus corresponsales, un rol muy protagónico en su política editorial. Llegamos a ser 37, toda una legión. La relación del corresponsal con la comunidad dio gran arraigo y popularidad a este diario. “Si lo publicó *El Nacional*, es verdad”, se oía decir. Este fue un periódico de alta credibilidad. Debo añadir que ese fue el de Miguel Otero Silva, no el de su hijo Miguel Henrique Otero. Hay que diferenciar las dos épocas. Con Miguel Henrique Otero el rol del corresponsal, como periodista de primera línea, terminó por extinguirse.

Muchos de los grandes redactores de *El Nacional* (y debo recordar, entre ellos a mí siempre admirada Francia Natera, Francisco Guerrero Pulido, Federico Pacheco Soublette, Guillermo Tell Trocóniz, Omar Pérez, Germán Carías, Heberto Castro Pimentel, Absalón José Bracho, José Luis Mendoza, Elides J. Rojas, Ildemaro Alguíndigue, Rubén Ferrer Rosas, Alberto Jordán Hernández, Luis Cordero Velásquez, Ali Brett Martínez, Américo Fernández, están en esa larga lista de corresponsales que llenaron toda una gran época. Germán Carías alcanzó gran celebridad con su serie de reportajes “Yo también fui recluso de El Dorado”. La escribió cuando era corresponsal en Barcelona, en tiempos de rígida censura de prensa. “Pérez Jiménez pedía leer cada uno de los reportajes antes de ser publicados”, me dijo



Terremoto en Cariaco. Difícil d creer.

cierta vez el propio Carías. El jefe de redacción, Miguel Otero Silva, estuvo muy renuente a permitirle esa proeza. “Tú estás loco, te van a matar”, le advirtió. Eso estuvo a punto de suceder. En Upata y con una barba de dos semanas, Carías y un grupo de presos, fueron montados en la parte trasera de un camión y sometidos al mismo bestial trato de todos los reclusos de El Dorado. Tres días después, fue sacado de su lugar de cautiverio, al descubrirse que planeaban asesinarlo. Luis Irureta, un estafador a quien había entrevistado en Barcelona tres meses antes, lo había delatado.

SI ME METES EN ESA MALDITA HISTORIA, TE ATIENES A LAS CONSECUENCIAS

Con los presidentes me fue bien, pero a Betancourt solo lo pude entrevistar una vez, cuando fue candidato

presidencial. Debo recordar, también, que Jaime Lusinchi se molestó mucho cuando, en 1974, Luis Alfonso Ibáñez Piña fue apresado por bigamo en Puerto La Cruz y yo deslicé en un párrafo que su hermana Blanca Ibáñez Piña estaba “muy vinculada a un alto dirigente de AD”. El tono grosero de su voz y su amenaza telefónica (“Si usted mete mi nombre en esa maldita historia, tendrá que atenerse a las consecuencias”), no daban lugar a dudas; pero tuve suerte, todavía no era Presidente. El incidente forma parte de mi anecdotario. En un desayuno propiciado por nuestro amigo Antonio José La Riva López, en la casa de la familia Bustillos –sus parientes, en Clarines-, Jaime admitiría que su reclamo pudo haberlo hecho amigablemente.

Desde Larrazábal hasta CAP y Caldera, todos los grandes

personajes del período democrático que siguió a la dictadura de Pérez Jiménez, me dispensaron un trato muy cordial, muy amistoso. En Barcelona, Luis Herrera Campíns no comenzaba sus ruedas de prensa hasta verme a su lado. Por dos veces, el Presidente Carlos Andrés Pérez me hizo invitar a su mesa, al compartir desayunos con los periodistas en Puerto La Cruz.

A Betancourt lo entrevisté en la Cámara de Comercio, en Ciudad Bolívar, cuando era candidato presidencial. Es más, me hizo subir a la tribuna, en su mitin de clausura en el Mirador Angostura. “El corresponsal de *El Nacional* está con nosotros”, dijo entre aplausos en el preámbulo de su discurso. Como presidente, Betancourt nunca dio declaraciones a los corresponsales. Solo declaraba, con exclusividad, en Miraflores. El corresponsal Absalón J. Bracho, quien sufrió persecuciones y varios años de cárcel durante la dictadura por su vinculación con Acción Democrática, nunca se lo perdonó.

Nos volvimos a tropezar con Betancourt en el aeropuerto de Barcelona, muchos años después de su mandato. Estaba de muy buen humor. Agarró el grabador y dijo. “Comienza la entrevista. Ustedes preguntan, ¿qué hace usted presidente por aquí? Yo les contesto: Vengo de Marigüitar, invitado por los Oropeza Castillo, con mis amigos el doctor Larralde y su esposa, una neoyorkina más

criolla que el pan de hallaquita. La hemos pasado muy bien, comiendo exquisitos pescados. Ha terminado la entrevista”. Luego, entre carcajadas, con sus amigos y el excanciller Marcos Falcón Briceño subió a la avioneta hacia La Carlota.

EN CARIACO Y EN LA FAJA SENTIMOS

LA TIERRA TEMBLAR

Sentir la tierra temblar entre explosiones de un pozo petrolero o en medio de los escombros de un terremoto, no fortalece el espíritu, asusta al más guapo. El reportero gráfico Augusto Hernández y yo estuvimos movilizándonos diariamente por 200 km entre Barcelona y la zona de Bare, para reportar lo que hacía una cuadrilla petrolera para controlar una descomunal fuga de gas en un pozo de la CVP, al norte de la Faja del Orinoco.

El ruido del gas era ensordecedor. La posibilidad de un catastrófico incendio en aquel yacimiento productor de crudo semiliviano, obligó a traer a El Tigre, desde Emiratos Árabes, al famoso extinguidor de incendios petroleros Red Adair. Lo del pozo de la CVP atrajo atención internacional. Omar Lugo, de la agencia Reuters, contrató nuestros servicios para realizar un reporte diario.

Con gran riesgo para sus vidas y bajo la experta dirección de Adair y su equipo, el caporal Agustín Millán y la cuadrilla a su cargo lograron en el sexto día cerrar las válvulas y poner

fin a la amenaza de una gran explosión.

También en Cariaco y como si hubiésemos estado vacunados contra el pánico, mi infaltable y arrojado reportero gráfico y yo vimos a mucha gente despavorida ante las frecuentes réplicas sísmicas que siguieron al catastrófico terremoto de julio del 1997. Por más de 48 horas permanecimos cerca de bomberos y voluntarios de Defensa Civil en las humeantes calles de Cariaco, mientras rastreaban sobrevivientes. La aterradora cifra de 83 muertos no era para exponernos de esa manera, pero lo hicimos.

«EN ESTA TAZA TOMÓ CAFÉ GABRIEL PUERTA APONTE»

Viví con este periódico la intensidad de muchos acontecimientos. Regocija estar en la primera y última página. Los asaltos a instalaciones militares y civiles, por los guerrilleros que operaban desde la serranía del Turimiquire, desafiaron con alguna frecuencia entre el 74 y el 78 nuestro máximo esfuerzo. Un día madrugué en Urica, con mi grandioso reportero gráfico Augusto Hernández. 20 hombres con uniformes verde oliva y armamento de guerra (fusiles y sub ametralladoras) sometieron a los policías y se llevaron todo el abastecimiento de una bodega y las medicinas del ambulatorio. “En esta taza tomó café Gabriel Puerta Aponte, antes de volver para el monte”, relató una maestra.



Barcelona. Las aguas del Neverí inundan la calle Juncal.

Nunca se confirmó que el jefe guerrillero hubiera comandado aquella acción armada en Urica.

LO MOLINOS PALACIOS APARECIERON EN ZARAZA

Un secuestro de mucho impacto fue el de los hermanos Molinos Palacios. El 22 de febrero de 1974, el coronel retirado del Ejército Jesús Rafael Molinos y su hermano Perucho, fueron secuestrados y sacados con rumbo desconocido del hato Valle Hondo, al sur de Maturín, por guerrilleros del Frente Antonio José de Sucre. Hubo un gran despliegue militar y civil. Los creían en el Turimiquire, pero no fue así. Un mes después, el 23 de marzo, aparecieron liberados en La Fragua, cerca de Zaraza, tras el pago de Bs. 5 millones. Por irme a Maturín a informar del secuestro, me perdí un fiestón de Marcos Serrano Núñez, en homenaje al Presidente electo Carlos Andrés Pérez. Por

mucho tiempo, este empresario automotriz se ufano en decir que esa fue la cena del año en Puerto La Cruz. Hasta sobró la champaña.

LA PRIMERA FOTO VÍA INTERNET

El 5 de mayo de 1998, el asesinato del comandante de la Guardia Suiza del Vaticano, Alois Estermann y de su esposa, la abogada venezolana oriunda de Urica Gladys Meza Romero, fue noticia mundial. Cedrich Tormay, uno de los guardias, se suicidó en el sitio, luego de ultimar con su pistola a la pareja.

Alertados por la jefa de provincia, Josefina Ruggiero, el reportero gráfico Augusto Hernández y yo nos movilizamos a Urica y antes de las cuatro de la tarde, estábamos de regreso, con fotos del matrimonio. En sus 15 años de casados Alois y Gladys habían frecuentado Urica. Muchos lo recordaban montando a caballo en sus vacaciones. Pocos sabían de su gran cercanía al Papa Juan Pablo II, como jefe de su custodia.

Ese día comenzamos transmitir a *El Nacional* fotos por Internet, desde el interior del país. Ruggiero insistía en que debíamos enviar esas fotos por avión, pero el técnico Héctor Ferrer nos garantizó que podíamos escanearlas y transmitir las con nuestras computadoras. Cuando en minutos, en el departamento de fotografía Alex Delgado exteriorizaba júbilo al verlas,

nítidas, en la pantalla, desde la sección de Provincia, nos llovieron las felicitaciones.

SINIESTROS Y TERREMOTOS

Dos grandes siniestros de aviones de Aerpostal y Avenza, en Porlamar (Cerro El Piache) y Maturín y la desaparición en el mar de una avioneta con el gobernador de Nueva Esparta Pedro Luis Briceño, durante el mandato de Luis Herrera Campíns, estuvieron entre las grandes catástrofes que ocuparon nuestra atención. La descomunal sequía que mató a centenares de reses, en el largo verano de 1977, fue algo muy impactante. “Mis vacas caen fulminadas bajo el sol, mueren esqueléticas, buscando agua en las lagunas secas”, dijo un ganadero, y soltó el llanto ante una comisión oficial, en Zaraza.

Cuando la Venezuela de CAP y sus petrodólares fue noticia mundial, Guanta fue un puerto atestado de mercancía importada y de barcos en espera de atraque en los muelles. Los bosques de pino en el sur de Monagas y Anzoátegui, comenzaron a generar cambios en el clima de nuestras sabanas. La transformación de una insalubre salina en un complejo hotelero y turístico de proyección internacional, en el eje costero Puerto La Cruz-Lechería y el atractivo comercial del Puerto Libre de Margarita, daban cuenta de un país en gran crecimiento.

Rubios canadienses y grupos de Europa y de Sur América, coparon la capacidad aeroportuaria del oriente del país.



Saqueos en Barcelona. 27 de febrero de 1989. Una china y su hijo, dueños de un abasto, lloran las pérdidas.

El proyectista Daniel Camejo Octavio y el ingeniero forestal J. J. Cabrera Malo pasaron a ser celebridades venezolanas en el turismo y la reforestación. Fucho Tovar y su flota de ferrys colocaron a Margarita en una muy confiable ruta naviera. Millares de viajeros se movilizaban a diario por puertos y aeropuertos. La noticia económica ocupó muchos cintillos en la prensa.

¿POR QUE TANTO OUDIO CONTRA MÍ? NUNCA LO PUDE SABER

Con *El Nacional* trabajé, con total entrega, hasta abril de 2005. Ese año hasta dejé de leerlo. Cuando me obligaron a irme, me sentí como el marino que es lanzado al mar desde lo más alto de un barco, en medio de una oscura y gran tempestad. Pero me salvé. Sé nadar contra la corriente. Aquí estoy.

Guardo estupendos recuerdos de la universidad que fue *El Nacional* para mí. De esa larga y grandiosa experiencia, de mis inolvidables anécdotas, de mis días gloriosos y de los momentos amargos, es mucho lo que tengo que decir. Tampoco puedo olvidar lo de “mi adiós, y para siempre” en medio de una agria discusión telefónica con el entonces subdirector Sergio Dabhar. Le escribí al director, Miguel Henrique Otero, sorprendido porque estaban reemplazándome, sin decírmelo. De repente el periódico comenzó

a publicar y hasta intercalar en mis reportajes, notas escritas por la corresponsal de Globovisión, Marianna Gómez. Me pareció inaudito.

En respuesta a mis reclamos, Miguel Henrique Otero me mandó a despedir e insultar con Dabhar. Este oscuro y tenebroso personaje argentino, de mucha fama por sus temperamentales arranques de soberbia y mal humor, se tomó para sí el contenido de mi carta. Me llamó muy furioso. Personalmente, tuvimos un trato muy esporádico. Sabía de sus odios contra mí. Eso es algo que nunca me pude explicar. Obviamente, rechacé los insultos del tal Dabhar y di por terminada, ese día, mi relación con *El Nacional*.

Eso ocurrió cuando acababa de hacer una cuantiosa inversión, en equipos fotográficos y de computación, para mejorar mis servicios con *El Nacional*. La corresponsal que contrataron para sustituirme no duró ni seis meses en el cargo. *El Nacional* nunca más tuvo oficinas en Barcelona.

Nunca pensé que mi larga carrera con *El Nacional* iba a terminar de tan mala manera. Me otorgaron por cuatro veces el premio interno al Mejor Corresponsal. Mis jefes, desde el Gocho Guerrero Pulido hasta Francesca Cordido, me distinguieron siempre con una gran amistad. La carta que me envió el exjefe de Provincia Misael Salazar Leidenz, muy dolido por la forma como ocurrió mi separación, es todo un lindo testimonio de fraternidad y solidaridad.



25 años al paso

AMÉRICO FERNÁNDEZ/

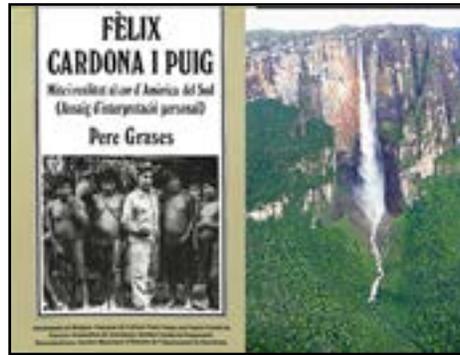
Le decían “el diario de Puerto Escondido” porque de esta manera nombraban el lugar donde fue reubicada la sede de la primera edición ocurrida el 3 de agosto de 1943, entre las esquinas de Marcos Parra a Pedrera, cuando los nazis atacaban Curazao como episodio menor de la Segunda Guerra Mundial. Allí, Henrique Otero Vizcarrondo hizo levantar el edificio en cuya entrada era posible apreciar un mural collage donde entre periodistas destacados aparecía mi foto. Quedé sorprendido cuando la vi y comprendí lo bien que lo estaba haciendo para merecer esa distinción, que seguramente tuvo el visto bueno de José Moradell, el gran arquitecto del periódico, nacido. ¡qué casualidad! en Cataluña.



23-8-1964 - El puente La Llovizna cede y mueren 37 educadores. Esa cobertura le valió a A. Fernández el Premio al Mejor Corresponsal. (Foto/Últimas Noticias)

Últimamente he repasado mi vida y dicho que le debo mi formación en cierto modo a Cataluña, porque allá nació el padre carmelita Agustín María Costa Serra, párroco de La Asunción por más de 40 años, que me dio refugio y educación en la casa parroquial, y Moradell que me retuvo en la empresa periodística cuando le hacía la suplencia vacacional al periodista José Luis Mendoza, entonces corresponsal en el Estado Bolívar. Entré en conciencia de este hecho el día que vinieron de Barcelona, capital de la comunidad autónoma de Cataluña, todo un equipo de una planta televisora a entrevistarme para un documental en homenaje al explorador Félix Cardona Puig, pues habían leído en *El Nacional*, una entrevista que le hice el 5 de septiembre de 1970 en la que sostenía haber visto el salto más elevado del planeta, antes que Jimmy Ángel.

Félix Cardona Puig, un catalán nacionalizado venezolano y con más de cuarenta años recorriendo Guayana, vio el famoso Salto, diez años antes que Jimmy Ángel, y lo señaló junto con otros tres grandes saltos en un mapa, el primero levantado sobre el Auyantepuy. Cardona trabajó en Cartografía Nacional y exploró a la Guayana durante 42 años. Viajó al Alto Caura, asimismo hasta las propias fuentes del Orinoco en la expedición franco-venezolana y puntos fronterizos con el Brasil. Cardona sostenía haber enseñado el camino del



Cardona Puig: "Yo lo vi primero".

Auyantepuy a Jimmy Angel. Le mostró el Gran Salto veinte veces más elevado que el Niágara y se negó después a acompañarlo en su Flamingo, aunque luego tuvo que escalar la cenagosa meseta para rescatarlo y sacarlo de la selva.

Jimmy Angel dio a conocer el Salto en 1937. El 6 de febrero de 1942, cinco años después, volvió a sufrir otro accidente aeronáutico, pero en otro lugar y en circunstancias diferentes cuando volaba desde Ciudad Bolívar a Karanacuni, acompañado del mecánico Delfín Rosales. Llevaba de pasajeros al explorador y

cartógrafo Félix Cardona Puig y a cuatro de sus hijos que se dirigían hacia el Ventuari donde estaba realizando trabajos cartográficos para el Gobierno.

Félix Cardona Puig está considerado como el explorador más importante de la Guayana venezolana de todos los tiempos. La primera expedición científica al Chimantá la realizaron en 1946 William H. Phelps, padre e hijo, conducidos por el capitán Félix Cardona Puig. No se contaba entonces con la rapidez, facilidad y comodidad del helicóptero. Este es utilizado en 1978 por primera vez en la expedición encabezada por Charles Brewer Carías y de allí en adelante ha sido el vehículo indispensable para la emocionante aventura de la ciencia. Las expediciones más recientes, cinco en total (1983-1986), las ha llevado a cabo el "Grupo Científico Chimantá" en función de un proyecto interinstitucional y multidisciplinario titulado "Inventario botánico-ecológico del Bioma Sabana en el Estado Bolívar".

El trabajo de la comisión mixta permitió que Venezuela recuperase más de cinco mil kilómetros cuadrados de fronteras, pero perdió el Pico de la Neblina, el más alto de la frontera (3.014 m) visitada en 1960 por una expedición científica venezolana, integrada, entre otros, por William Phelps, Ricardo Zuloaga y Félix Cardona, quien en 1938 realizó un viaje de reconocimiento de las Simas de Jaua Sarisariñama

y Guanacoco, en las cabeceras de Caura, hoy Parque Nacional. Ricardo Zuloaga y Félix Cardona, quien tenía una concesión diamantífera en Icabarú que puso en venta en 1952 a través del Henry Corradina, artista y etnólogo franco-venezolano que se radicó en Ciudad Bolívar.

Cataluña, con el puerto más importante del Mediterráneo, de donde vinieron los corsos que le imprimieron gran impulso económico a Guayana, es probable que de allá hayan venido los que fundaron a Barcelona de Anzoátegui, donde nació el fundador de *El Nacional*. Aquí en Guayana existió Barceloneta (La Paragua) en tiempo del gobernador Manuel Centurión Guerrero de Torres que se tiene como el cofundador de Angostura porque fue él quien realmente la consolidó y la encaramó sobre una colina a fuerza de barra y pólvora, dándole forma ortogonal.

Después del doble accidente aéreo de Jimmy Ángel parece, por contagio, haberse desatado los accidentes aeronáuticos en el estado. El descubridor de Canaima como atractivo turístico fue el capitán Charles Baughan, pionero de la aviación comercial en Guayana y quien se había retirado para llevar una vida con su esposa apartada del tráfico de la ciudad y compenetrada con la naturaleza de Canaima, pero pereció en un accidente aéreo el sábado 4 de febrero de 1956 en Barlovento. *El*



19-12-1962. Primera piedra construcción del puente Angotura sobre el río Orinoco. De izquierda a derecha: José Antonio Fernández, director de Radio Bolívar; Natalio Valery Agostini, presidente de la Cámara de Comercio; Américo Fernández, presidente de la Asamblea Legislativa; gobernador Rafael Sanoja Valladares, y Presidente la República Rómulo Betancourt.

Nacional informó que pereció junto con su esposa Mary y ambos fueron enterrados frente al Salto El Hacha, al lado del norteamericano John Bryan, quien había muerto el año anterior al naufragar su curiara en la laguna Canaima. Charles Baughan había llegado a Venezuela a prestar servicio en la línea aérea TACA hasta 1948 cuando se dedicó a trabajar en Canaima donde construyó campamentos, pista de aterrizaje e inició el turismo en la zona desde Maiquetía. Cobrada Bs. 450 por persona, incluyendo hospedaje de dos días. El accidente que le costó la vida ocurrió en la montaña de Capaya en un avión con sigla YV-C-LBK. Él y su esposa estaban entre las diez víctimas. El campamento turístico de Charles Baughan terminó desarrollándolo la línea aérea Aversa, de los Boulton.

Otro accidente aeronáutico

digno de recordación ocurrió el 4 de septiembre de 1966, cuando a una avioneta monomotor, fletada por el Ejecutivo del Estado Bolívar y pilotada por el capitán Hugo Siverio Ramos, se le reventó un cilindro en pleno vuelo, a escasa distancia de Guasipati, y cayó aparatosamente en un bosque cuando trasladaba hasta El Callao a cuatro periodistas invitados por el Presidente Raúl Leoni a la inauguración de una Escuela Granja de esa ciudad. Los periodistas eran Américo Fernández, de *El Nacional*; Gladys Figarella, jefe de Relaciones Públicas del Ejecutivo; Vinicio Romero Martínez y Nino Márchese, de *El Bolivarense*. Milagrosamente gracias a la pericia del piloto, todos resultaron ilesos y fueron rescatados diez horas después en el helicóptero del Presidente de la República, que en ese momento se encontraba en su

hacienda “Puedpa”.

Todavía en enero de 1955 se continuaba la búsqueda de la avioneta del empresario Gustavo Ramella Vegas, desaparecida el jueves 15 de abril del año anterior.

A comienzos de enero del 55 la ubicaban al sur del Orinoco mediante un ejercicio de radiestesia practicado por la alemana Marie Loise Rockhead, miembro de la Sociedad respectiva de Wilbourd, Alemania Occidental.

La avioneta, modelo Stinson Detrotter, se hallaba desaparecida desde el Jueves Santo del año anterior cuando se dirigía a Caicara del Orinoco, pilotada por su dueño el industrial Gustavo Ramella Vegas, el prestigioso médico caraqueño Rafael Ernesto López y las damas Mary de Bauta y Yolanda Ojeda Domínguez.

La búsqueda del aparato por aire, tierra y agua fue constante desde el primer momento, pero infructuosa. Al parecer, se lo tragó la selva.

Por tratarse de reconocidos personajes de la sociedad metropolitana, popularmente cuando alguien no era visto en mucho tiempo, solía decirse “Estás más perdido que Ramella Vegas”

Accidentes aeronáuticos entonces eran frecuentes. El gran tráfico aéreo tenía su base en el aeropuerto de Ciudad Bolívar, con movilización de 500 pasajeros por día y 160 operaciones de aviones entre despeje y aterrizaje a través de diez líneas de aerotaxis,

aparte de los vuelos regulares de Avenza, Aeropostal y particulares de entes privados.

Las avionetas que registraban más operaciones eran las que cubrían rutas mineras, comunidades indígenas, parajes turísticos como Canaima, Kavanayén y puestos militares de vigilancia fronteriza. Se creía que después de Maiquetía y Margarita difícilmente otro aeropuerto venezolano tuviese mayor número de aterrizajes y despegues de aviones, y por eso tal vez, en Guayana eran frecuentes los accidentes aeronáuticos, sin eludir los terrestres. Recordemos la caída del puente La Llovizna, que creo fue la prueba de fuego de mi debut como encargado de la Corresponsalía de *El Nacional*.

La Corresponsalía de *El Nacional*, entre las primeras creada en Venezuela, nació precisamente en el propio mes de agosto cuando el Orinoco suele llegar al tope de sus aguas. En esa ocasión el Río Padre se desbordó como nunca, hasta el punto que el Presidente Medina, quien acababa de llegar de una visita a los países bolivarianos, dispensaba una gira por la ciudad que fue noticiosamente cubierta por la periodista Francia Natera.

A Francia le siguieron, como agentes corresponsales, Gabriel Vílchez, Eliecer Sánchez Gamboa, Anselmo Reyes Navarro, Héctor Barrios. Absalón Bracho, Evaristo Marín, José Antonio Fernández, José Luis Mendoza y Américo Fernández.

El auge de la explotación del hierro, hidroelectricidad y establecimiento de las empresas básicas, plantearon la necesidad de una segunda Corresponsalía que la Editora situó en Ciudad Guayana, al frente de la cual estuvo el periodista Fernando Reyes Maita, seguido posteriormente por Giovanni González, José Carrillo Romero, Carmen Carrillo y Armando Grüber.

CARTA DEL DIRECTOR

Siendo el doctor Arturo Usler Pietri director del periódico, me instruyó para que me encargase temporalmente de la Corresponsalía de Ciudad Guayana. Entonces me envió esta carta:

“Caracas, 28 de abril de 1969
Señor Américo Fernández
Corresponsalía de *El Nacional*
Ciudad Bolívar. Estado Bolívar
Apreciado amigo:

Desde que tuve el honor de asumir la Dirección de *El Nacional*, he tenido el deseo de comunicarme con nuestros corresponsales, que son el nervio, el oído y la voz del diario en toda la variada extensión de nuestro país.

Un gran diario como *El Nacional* tiene que ser el resultado del mejor y más inteligente trabajo de equipo que se logra cuando todos los hombres que integran la gran máquina de información saben exactamente lo que tienen que hacer y lo realizan en el más alto nivel de eficacia y calidad.

El corresponsal no es otra cosa que el periódico en su territorio. Debe estar alerta para conocer

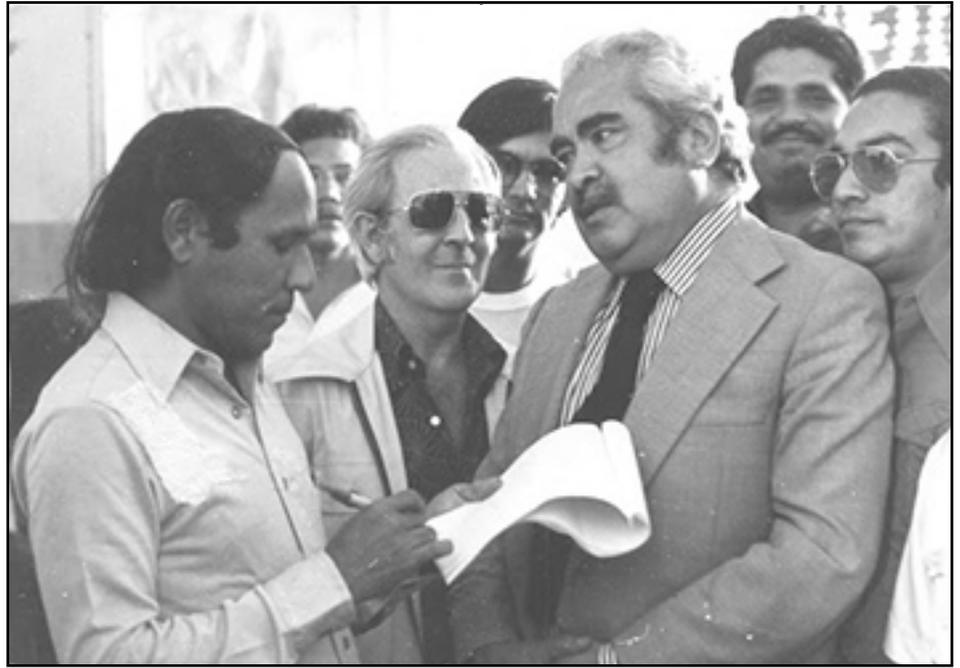
verazmente y transmitir con toda objetividad la información significativa.

Esa información debe ser ante todo local, pero debe significar algo de interés y curiosidad para todo el país. No sólo sucesos, sino iniciativas que signifiquen progreso o situaciones que deban ser conocidas. Datos económicos y culturales, etc. En sus informaciones no debe haber ni opinión ni inclinación personal, sino noticia cierta de hechos y declaraciones de personas que tengan interés.

En este sentido deben ustedes tener en cuenta que un diario como *El Nacional* sufre constantemente de la falta de espacio para poder darle cabida a toda la información que recibe. Por lo tanto no sólo es necesario enviar información significativa y valiosa, sino además hacerlo en la forma más directa y completa, sin palabras ni circunloquios innecesarios. Un buen reportero es el que dice todo lo que hay que decir de la manera más directa y clara y en el menor número de palabras. Esto nos permitiría poder dar una información más amplia y variada del interior del país que la que actualmente estamos ofreciendo.

También es conveniente que no nos limitemos a transmitir exclusivamente sucesos, declaraciones políticas o visitas de personajes nacionales.

La información local debe tener un carácter local y debe dar preferencia a la noticia de verdadera significación para la localidad. En este sentido a



Entrevista al candidato presidencial, Luis Herrea Campins, en abril de 1978.

veces, más que la declaración de un político y visitante que repite lo que ya ha dicho en Caracas, tiene interés informar sobre el desarrollo de una nueva industria, sobre la situación de la agricultura, sobre problemas de vialidad o de edificación o de sucesos públicos locales. Las noticias de carácter económico son de particular interés para la región y para todo el país.

Desde la dirección estamos conscientes y apreciamos el valioso trabajo que nuestros corresponsales realizan y estamos todos dispuestos a atender y dar facilidades y orientaciones para que logremos entre todos la mejor y más completa información del país.

Yo le sabré agradecer muy sinceramente las sugerencias y observaciones que su experiencia le dicte, así como cualquier tema que considere de interés incluir en la reunión

que próximamente habremos de celebrar en Caracas.

Le saluda cordialmente,
Arturo Uslar Pietri
Director”

Como decía antes, la cobertura de la caída del puente de La Llovizna en Ciudad Guayana fue prácticamente mi prueba de fuego. De allí en adelante hice carrera con los directores Ramón J. Velásquez, quien llegó a ser Presidente de la República, Oscar Palacios Herrera, José Ramón Medina, con quien logré escribir en la Página Editorial del periódico en las columnas *Socaire* y *Vuelta de Hoja*. Finalmente, Miguel Henrique Otero, quien llegó a ser diputado del Congreso Nacional al igual que yo diputado y presidente de la Asamblea Legislativa. Aparezco al lado de Rómulo Betancourt colocando la primera Piedra del Puente Angostura sobre el Orinoco, inaugurado por su

sucesor Raúl Leoni en enero de 1967 que cubrí para *El Nacional* con el colega Euro Fuenmayor.

El Salto de La Llovizna fue escenario (agosto de 1964) de una de las tragedias más conmovedoras. 37 docentes que asistían como delegados a una Convención Nacional del Magisterio cayeron a las tormentosas aguas del Caroní al desplomarse un frágil puente de paseo.

La cobertura de tan trágico suceso seguramente contribuyó para que en 1967 obtuviese el Premio “Federico Pacheco Soublette”, instituido por *El Nacional* para el mejor

corresponsal del año. Firmado por el Director Ramón J. Velásquez que, por cierto, estuvo preso en la Cárcel de Ciudad Bolívar como político perseguido por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Este Premio volví a obtenerlo el 3 de agosto de 1990 firmado por el presidente de la C. A Editora de *El Nacional*, José Calvo Otero, y Vicepresidente, Miguel Henrique Otero.

La experiencia lograda como Corresponsal de *El Nacional*, me permitió en julio del año siguiente, graduarme de Comunicador Social, grado

Magna Cum Laude, en la UCV, al mismo tiempo que ingresar como Miembro Correspondiente a la Academia Nacional de la Historia y recibir la Orden Andrés Bello, en su Primera clase (Banda de Honor) el 20 de junio de 1991.

Durante esos 25 años, *El Nacional* cubrió noticiosamente, desde sus Corresponsalías, el proceso de desarrollo económico e industrial de Guayana y nacimiento de una moderna y bien planificada Ciudad Capital casi en las Bocas del Caroní, asiento de las Empresas Básicas de Venezuela.

DE LA GALERÍA DE AGUSTO



Ferry “Virgen del Valle”



Cariaco - El bahareque resiste el sismo



Guanta bajo el fango



Un ferry se incendia en Puerto La Cruz



Francia pionera, adentro y afuera

SEBASTIÁN DE LA NUEZ/

Francia Natera formó parte de la primera promoción de Periodismo que estudió en la UCV junto a Miguel Otero Silva, Reyes Baena, María Teresa Castillo, Lucila Velásquez y muchos más. Estuvo cerca de Pablo Neruda, entrevistó en La Habana a Fulgencio Batista justo antes de caer y a Gabriela Mistral en Nueva York. Tiempos dorados, pero con tormentas; por esas esquizofrenias de la vida, el sanguinario Pedro Estrada la trató —en la única ocasión en que la tuvo enfrente— con cortesía. Cercana al partido Acción Democrática, hizo buena parte de su carrera en el diario *El Nacional* pero uno de sus últimos trabajos fue en La Casona junto al presidente Carlos Andrés Pérez (sobre esa experiencia dice: «No era el trabajo que me gustaba»). Le encantaba el reportaje,



nunca temió preguntar y repreguntar el *por qué* de los hechos. Una periodista de verdad, estuvo en el sitio preciso en momentos históricos de la segunda mitad del siglo XX venezolano. Vivió para contarlo. Su figura merece seguimiento por parte de las nuevas generaciones. Lo siguiente es su testimonio contado en primera persona: una rica peripetia profesional y vital. Se grabó hace siete años en un apartamento de la caraqueña urbanización La Castellana, perteneciente a una amiga con quien pasaba unos días. Con sus facultades disminuidas, ya tenía dificultades incluso para caminar. Ha permanecido inédito, este relato, hasta ahora. Francia Natera falleció en diciembre de 2012.

Comencé en *El Nacional* siendo corresponsal en Ciudad Bolívar, porque soy guayanesa. Vino la gran inundación del Orinoco, que fue justamente en el año 1943, cuando se fundó *El Nacional*, y allí estaba yo.

Antonio Arráiz vino a mi casa, porque yo estaba conectada con la gente de *El Nacional* de Caracas, y me dijo que había que buscar un corresponsal para Ciudad Bolívar que cubriera la zona de Guayana. Me preguntó “¿a quién se te ocurre?” y yo le dije que conocía a dos o tres periodistas. Pero Ciudad Bolívar en esa época era una ciudad casi sin vida, solo se leía *El Luchador*, que no era un buen periódico. Mi familia tenía *El Bolivarense*, era de mi tío Brígido Natera y

yo tenía un primo a quien le gustaba mucho el periodismo, era abogado pero le gustaba el periodismo: Eleazar Alcalá. Él y yo fundamos un periodiquito, de corta vida como todos los periódicos del interior, que se llamaba *ABC*, fíjate qué original, copiándonos del *ABC* de España. Nosotros íbamos a Upata, donde había una imprenta pequeñita. Hicimos cuatro o cinco números, nadie nos daba publicidad. La publicidad como tal no existía en Venezuela, vino con ARS. Aquí quien levanta la publicidad en Venezuela es Carlos Eduardo Frías, con su célebre “Permítanos pensar por usted”.

El periodiquito no duró mucho pero algo aprendí. Además, veía *El Nacional* y me lo comía desde la primera página hasta la última. Y leía casi todos los periódicos de Caracas que llegaban a Ciudad Bolívar, muchos retrasados. Me gustaba el periodismo, sin estudiar ni nada. Ya había hecho el bachillerato. Entonces vino Antonio Arráiz, le presenté a uno y a otro. Su hermana Elba, que era amiga mía, le dijo que yo estaba en Ciudad Bolívar y que me buscara. Entonces, cuando él se iba, le pregunto:

—Antonio, entonces, ¿qué has decidido?

Y me contesta:

—La corresponsal vas a ser tú.

Con la inundación del Orinoco fue para Ciudad Bolívar el general Medina, presidente de la República. Todo el mundo estaba allá viendo aquello

porque la inundación, esa vez, fue gravísima. A nosotros no nos afectaba porque vivíamos en la punta de la ciudad, en la catedral, pues, la parte alta. Comencé a mandar mis notas a Caracas pero, sabes, como corresponsal regional es poco lo que uno puede hacer porque en ese pueblo no pasaba nada. Pero me aprovechaba más bien de la gente que llegaba de Caracas y daba las noticias. Me fogueé un poquito.

Me impresioné mucho cuando vi por primera vez *El Nacional* porque era un periódico distinto, y aunque parezca mentira, una de las cosas que llamaba la atención era que no tenía pases de página. Porque, me acuerdo, en *El Universal* una noticia empezaba en la página 1 y terminaba en la 7. Y esa fue una innovación de *El Nacional*. Además, comenzamos a leer a Andrés Eloy Blanco, a saber de otras figuras que no se leían en *El Universal*, que era un periódico muy reaccionario, de derecha, que no es el periódico de ahora.

Llegué a Caracas en marzo de 1945. Yo soñaba, y desgraciadamente no seguí soñando, porque tenía un proyecto a escondidas de mi abuela y de algunas personas de mi familia... Porque yo decía “me voy a Caracas, conquisto Caracas y de allí sigo para Estados Unidos porque voy a ser una periodista internacional”. Pero me casé. Iban a fundar la revista *Life* en español y yo era la candidata. Pero ya estaba casada y con un

hijo en los brazos. Entonces ahí se me acabaron los sueños. Me casé con Gustavo Jaén, que también era periodista. ¡Se me cortaron mis sueños! Pero empecé a viajar mucho y a conocer periódicos de otras partes del mundo, y a otros periodistas. Por ejemplo, a Oriana Fallaci; tuve locuras con ella. Lo que ella escribía me lo leía para aprender cómo lo hacía. Al poco tiempo de haber llegado a Caracas hablé con Miguel Otero (Silva) para ver si podía trabajar en *El Nacional* y él me abrió las puertas inmediatamente.

Empecé trabajando con Miguel Otero directamente, hacíamos una columna. Él lo hizo también para que yo me fogueara en la ciudad. La columna gustó mucho: él me mandaba para la calle a recoger las noticias que no iban a salir en primera página. Yo llegaba en la tarde con mi quincallita de noticias; aprendí mucho con Miguel, siempre lo he dicho, fue mi maestro. Un día me pasaron a Información General como reportero, y siempre dije que el único premio que quería era el de mejor reportero[1] de *El Nacional*, y me lo dieron: me lo dieron con la información de la muerte del general Isaías Medina Angarita.

Yo era el reportero que vivía más cerca de su casa en el Country Club, entonces me llamó mi jefe de información a las 6:00 de la mañana para avisarme que se había muerto el general Medina[2], que me fuera directamente para

allá. Vi todo lo que pasó con Medina: lo vi en pijamas, vi cuando el enfermero sacó la silla de ruedas y la cerró y la metió en un clóset, presencié la entrevista de Irma Felizola de Medina con Laureano Vallenilla cuando este le fue a decir que [las autoridades gubernamentales] querían hacerle honores y llevarlo al Congreso, y ella le dijo que no. Yo estaba con el Gordo Pérez, mi compañero, mi fotógrafo, una maravilla, ese hombre era un gran periodista. Lo que no veía uno lo veía él. Llegué al periódico como a las 8:00 de la noche cargada de información y me senté en aquella máquina a escribir como loca. Y [José] Moradell venía y me sacaba las cuartillas por la mitad y me decía “apúrate, Francia, que vamos a cerrar”, y eran las 12:00 de la noche y yo volaba en aquella máquina. No sabía qué había allí. Cuando llegué a la casa le dije a Gustavo que estaba nerviosa porque la noticia del día siguiente estaba en mis manos, era una gran responsabilidad.

Lo cierto es que cuando llegué el otro día a *El Nacional* como a las 11:00 de la mañana, Miguel y todo el mundo me felicitaron porque teníamos la mejor información de ese día. Y allí me dieron el premio. No mejor reportera, porque yo era la única, sino de *mejor reportero*. No me podía molestar porque el mejor reportero es el mejor reportero de toda la planta de reporteros de un periódico que tenía a los mejores periodistas

del país. El Premio Nacional de Periodismo nunca me interesó.

Tengo 87 años, para que ustedes lo sepan. Nací en 1923. Y creo que lo único que me queda es la cabeza. Miguel Otero era una persona a quien todos admiraban mucho como periodista, y además era un jefe increíble. ¡Tantas cosas aprendí de Miguel que pudiera escribir un libro, un texto para los estudiantes! Me decía:

—Francia, escribe claro, tú no eres poeta, eres periodista y los periodistas tienen que escribir claro, decir exactamente qué es lo que quieren decir. Olvídate de las florituras, usa el español que la gente va a leer en la calle.

Después, la manera en que trataba a la gente: Miguel trataba a su personal que era una maravilla. Si uno cometía un error y ya el periódico estaba hecho, decía:

—No reclamen, ya el periódico está en la calle, el reclamo es en la Secretaría de Redacción antes de que el periódico salga a la calle. Después de que el periódico está en la calle no hay reclamos. Si me confundes a mí con Brigitte Bardot, después que está en la calle no se puede hacer nada.

Además, iera un hombre tan inteligente, y amaba tanto el periodismo...! Realmente fue poeta y novelista, tiene varias novelas buenas, pero sobre todo era un gran periodista.

En los días en que se hablaba de golpe a Gallegos me dice Miguel, porque acuérdate que *El Nacional* estaba en Puerto Escondido, “vete por el Congreso, por esos lados, y ve qué captas en el ambiente”. Fui y me metí en las oficinas de Ramón Velásquez, que trabajaba en la Corporación Venezolana de Fomento. Y me metí en su oficina porque Ramón siempre lo ha sabido todo. En esa época, cuando era reportero como yo, estaba tan informado como hoy que tiene 95 años. Ramón me dijo cómo iba a ser el golpe. Yo pasé por la Policía, que en esa época estaba frente al Congreso, por la iglesia San Francisco, y estaba acuartelada arriba. Entonces llego a *El Nacional* y le cuento a Miguel todo lo que había visto y todo lo que me había dicho Ramón Velásquez (pero no le dije que había sido él, sino que lo había averiguado en otra parte, por mi cuenta). Entonces Miguel se puso irritadísimo y me dijo:

—Bueno, ¿pero tú también te vas a meter a golpista?

Le dije que había hecho lo que él me había pedido, salir a buscar información, a ver qué era lo que estaba pasando, y que lo que estaba pasando era que Pérez Jiménez iba a dar un golpe y que posiblemente iba a ser al día siguiente.

Ese día había salido la entrevista que Miguel le había hecho a Gallegos, y este, quien había sido su maestro, le había dicho: “Miguel, un presidente no se pone pantuflas



para correr”, porque lo había recibido en pantuflas. Yo creo que Gallegos no sabía nada del golpe. Acuérdate que él tampoco supo nada del golpe contra Medina, se lo dijeron después de que el golpe ya estaba dado, porque él era antigolpista. Miguel era el hombre que quedaba ante el país como el que garantizaba que no habría golpe. ¡Y le vengo a decir yo que sí habría golpe! Bueno, me perdí de *El Nacional* por unos días. Porque cuando salió lo que yo sabía, lo que yo tenía y lo que me contó Ramón Velásquez, tenía miedo, porque efectivamente dieron el golpe al día siguiente. Miguel estaba muy molesto porque con lo que yo había traído de la calle estaba negando la entrevista de él de ese día. Gallegos era un intelectual, y no ha debido nunca meterse allí. Para Gallegos, Carlos Delgado Chalbaud era como su hijo. Isaac Pardo le fue a decir:

—Mire, maestro, Delgado Chalbaud está metido en el golpe.

Y él no lo quería creer, decía que no era verdad. Para poder fundar la Seguridad Nacional tuvieron que matar a Carlos Delgado. Quién lo mató, nadie sabe. Bueno, sí sabemos quién lo mató pero de dónde salió la orden, eso nadie lo sabe. Porque Pérez Jiménez se murió negándolo. Pero, ¿a quién le convenía la muerte de Carlos Delgado? A la Junta. A los dos de la Junta.

Para los de *El Nacional* y

para todos los periódicos en general fue muy duro. Los de *El Universal* se cuidaban mucho; no los periodistas sino sus dueños. Pero *El Nacional* estaba abiertamente contra la dictadura. A nosotros nos llevaban todos los días a un compañero. Imagínate que el día en que se llevaron a Chepino Gerbasi fue el mismo día en que pusieron preso a Ramón Velásquez y Miquilena, que los llevaron a la cárcel de Ciudad Bolívar, y yo que soy de allá te digo que aquella era la cárcel más espantosa, porque con aquel calor... El Partido Comunista había organizado una cosa maravillosa: nosotros sabíamos todo de la Seguridad Nacional porque ellos tenían un correo increíble; entonces, cuando comenzaron a torturar a Chepino, enseguida lo supimos.

Por cierto, yo había estado en La Habana, porque me había mandado el periódico a hacerle una entrevista a Gabriela Mistral, y entrevisté a Batista también. Entonces fue alguien de Acción Democrática, creo que Braulio Jatar Dotti, y me dijo que si yo podría o me atrevía a traer una correspondencia, que Rómulo me mandaba a decir, porque Rómulo siempre fue mi amigo. Por supuesto dije que sí. Pero al día siguiente fue otro enviado de Acción Democrática y me dijo: “Mira, Francia, no vamos a mandar las cartas contigo porque es obvio que te van a registrar en lo que llegues; es poner esa correspondencia en peligro y ponerte a ti en peligro.

Hemos resuelto que no vamos a mandar nada”. A mí se me quitó un peso de encima porque estaba dispuesta a traer mis cartas aunque nunca fui muy valiente... más bien *miedosona*. Cuando estaban torturando a Chepino le preguntaban si yo había traído unas cartas de La Habana, entonces él me mandó un papelito que nunca recibí, donde me decía que procurara salir del país. Pero estaba tan nerviosa que mi marido, una noche en que pegué brincos en la cama, me dijo:

—Mañana voy a hablar con Andrés Boulton porque te vas del país, alquilamos esta casa y te vas del país.

De todas formas llegué para la caída de Pérez Jiménez, y Chepino apareció en mi casa el mismo día en que lo soltaron. Me dijo:

—Cuando leí en *El Nacional* que te habías ido del país, que te habías ido a España por un año, yo me dije “Francia recibió mi papelito.

Pero nunca lo recibí.

La entrevista a Gabriela Mistral quedó bellísima. Miguel siempre decía que esa era la mejor entrevista que yo había hecho. Salió en la cuarta página no sé por qué, con llamado en primera. Fue muy bello ese encuentro. Ella estaba en la casa de la poetisa cubana Dulce María Loynaz y nos dijo que ella no conocía La Habana. Entonces el Gordo y yo le preguntamos si iría con nosotros a conocerla, y nos la hemos robado de la casa

de Dulce María. Ella era una mujer sumamente dulce, y muy maestra de escuela... Me trató siempre como “la chiquita”, debe ser porque yo estaba joven y siempre me daba consejos. Me dijo una cosa muy hermosa:

—Ocúpate de lo que hace tu pueblo. Venezuela tiene muchas costas, ustedes deben tener muchos pescadores: ¿qué hacen los pescadores, cómo viven...? ¿Por qué no te ocupas de eso?

Era una mujer humilde y siempre se interesaba por el trabajo de los demás. Hay muchas cosas de las que ya no me acuerdo... conocimos La Habana en el carro que nos alquiló *El Nacional*, y le pregunté si conocía Caracas. Me dijo que Gallegos le había dicho que había un camino muy alto que no era bueno para su corazón (porque todavía no se había construido la autopista). Hablaba un lenguaje hermosísimo. Era una india, muy parecida a Neruda.

Me acuerdo de cuando vino Galo Plaza, el presidente de Ecuador. Leí en un periódico americano que era un hombre sumamente apuesto y buen mozo, el día en que llegó publiqué una nota que era prácticamente una declaración de amor... claro, me estaba copiando del periódico norteamericano. Total que cuando llego a la rueda de prensa (el embajador de Ecuador era amigo mío, en esa época todo el mundo se conocía

y todos eran amigos) veo que Galo Plaza le hace señas al embajador, y este me mandó un recado y me dijo que no me fuera para presentarme a Galo Plaza, pero me dio pena y me fui a escondidas del embajador, porque era demasiado.

Era un hombre muy alto, y efectivamente muy buen mozo. La rueda de prensa se hizo en una casita en El Paraíso, donde era la embajada.

Una vez fui a entrevistar al embajador de Paraguay, porque estaban en la décima conferencia de Caracas. Me dice que es almirante. Entonces le pregunto si ellos tienen una flota muy grande porque no tienen mar y me contestó:

“Señorita, no sea ignorante, no tenemos mar pero tenemos un río muy grande”. Entonces, al título de la nota le puse “Almirante de agua dulce”. ¿Y es que podía ponerle un título que no fuera ese? Después, el embajador de Nicaragua me dijo que ese hombre se había ido de Caracas por mi culpa, porque había quedado avergonzado por esa entrevista.

Así también me pasó con la esposa de Somoza cuando vino a la embajada de Nicaragua en Caracas. Venía de visitar a Perón en Argentina. Era una señora gordita, con unos tacones altísimos, un vestido de satén *moaré*, con tules y cosas, un *corsage* de orquídeas, una cadena con una cruz enorme que le había regalado Perón, según me dijo ella, sortijas en todos los dedos, pulseras... Describí en la nota la lista de

joyas. Me dijo que me iba a enseñar la foto de una sobrina que era igualita a Evita y que al parecer se la llevaban a Perón para que éste no se sintiera tan mal por su muerte. Estaba Pedro Estrada ahí, visitando a Somoza. Entonces yo le pregunto: “Señora, ¿ustedes pueden votar?, ¿las mujeres pueden votar en su país?”, y Somoza me quita la palabra para decirme que sí, que las mujeres sí pueden votar, y dice ella: “Mentira, Tachito, mentira, que todos los años nos lo ofrecen pero nada”. Aquello fue tan espantoso, que a las seis de la mañana llamó Margot Boulton a mi casa para preguntar si yo estaba presa. Yo no inventé nada. *El Nacional* le dedicó una página completa.

Uno no inventa nada, eso es lo que uno ve, lo que a uno le pasa. Cuando murió Zoila Castro, la viuda de Cipriano Castro, eso lo tenían súper escondido, nadie sabía que ella estaba aquí. Salimos el Gordo y yo a una casa, creo que en Los Palos Grandes, yo vestida de negro, para que pareciera una señora más que iba a dar el pésame... Entonces el Gordo saca su cámara y toma aquella foto, porque la urna estaba destapada, y cuando descubrieron que éramos periodistas nos echaron de la casa como unos perros. Pero el único periódico que sacó una foto con la vieja en la urna fuimos nosotros, y eso fue una gran satisfacción.

Mira lo que me pasó con Perón. A mí me dieron la

entrevista, me fui al Hotel Tamanaco y pasé toda la noche medio adormitada en una silla. Como a las diez de la mañana me mandaron de relevo de *El Nacional* a Federico Pacheco. Me fui para mi casa, que quedaba cerquita en Las Mercedes, y a los diez minutos llegó Perón y me perdí de hacer esa entrevista. Yo soñaba con hacerla. Después, en Buenos Aires, traté de entrevistar a Isabelita pero la situación estaba muy complicada, ya estaban metiendo presa a la gente. Tanto así que me llevé un susto estando allá: soy muy amiga de un pintor argentino llamado Pérez Félix, un gran pintor, y él me dijo que la mejor pizzería de la ciudad estaba en la calle Maipo, que era la calle de los cines. Cuando Gustavo y yo llegamos, esa calle estaba full de gente. Nos sentamos y pedimos nuestra pizza. En eso llega un pelotón de soldados, sacaron a dos mesoneros: fue horrible. A todas estas estábamos apuntados por metrallas. Yo quería encender un cigarrillo y no encontraba el encendedor. Un señor que estaba sentado en la mesa de al lado se ofreció y el militar se lo prohibió. Se acercó a nosotros y nos pidió los pasaportes, y yo había dejado el mío en el hotel. Gustavo le dice que soy su esposa y que se notaba a leguas que yo no era argentina, que si quería íbamos al hotel a buscar los papeles. Finalmente se fueron, y cuando nos fuimos caminando al hotel no había una sola persona en las calles.

Hay que ver el miedo que la gente tenía. Me habían dicho que me comunicara con López Rega, que él podía conseguirme la entrevista, pero no pude, ella estaba casi presa.

No pude conocer a Oriana Fallaci. Estuve en el balcón donde ella estuvo en la Plaza de Las Tres Culturas, donde no la mataron de casualidad. Yo me aprendí ese reportaje de memoria, es una verdadera obra maestra.

A (Aristides) Bastidas lo metí yo en *El Nacional* porque Miguel Otero no quería saber nada de la gente de *Últimas Noticias*. Pero se lo metí por los ojos. Había un pique con Kotepa Delgado, además, los estilos eran muy distintos. *Últimas Noticias* se inventaba unas maravillas: un perro con tres cabezas, un cochino con cinco patas. A mí me confesó Oscar Yáñez que ellos tenían un cliché que lo llamaban “el borraíto” (un cliché fotográfico que estaba borroso) y lo utilizaban siempre que no tenían una foto para publicar con las notas porque el archivo era muy precario.

Un día llegó Miguel a mi casa en Las Mercedes con Cuto Lamache y me pidió *Áspero*, de Antonio Arráiz. Gustavo le dijo que estaba en la biblioteca. Fueron juntos a buscarlo y me quedé con Cuto, y pusimos tango, la canción que dice “Caminito, amigo, yo también me voy”. Miguel lo oyó y le dijo a Cuto que llamara a *El Nacional* porque quería que

esa fuera la mancheta del día siguiente. Y así fue. Eso fue cuando el boicot a *El Nacional*.

...

Fui a Connecticut, adonde se había ido Antonio Arráiz, muy cerca de la casa de Paul Newman, y se negó rotundamente a recibirme. No quería saber nada de Venezuela. El se casó con la niñera de sus hijos. Imagínate, yo que trabajé con él y tuve tanta relación con él.

Entrevisté a [Fulgencio] Batista: fue la entrevista de la medianoche, porque me recibió a las doce de la noche en el palacio presidencial. Me dijo: “Le voy a dar una primicia, yo no me vuelvo a lanzar de candidato”. Pero yo no sabía que Fidel estaba casi a las puertas de La Habana. Fue muy agradable la entrevista. Batista era un hombre muy simpático. Durante la entrevista se dio cuenta que tenía las trenzas de los zapatos desamarradas y se agachó a amarrárselas. El Gordo fue a tomarle una foto y él le dijo: “No, Gordo, a un presidente no se le retrata así”, y no dejó que le hiciera esa foto.

Teníamos un amigo en la Seguridad Nacional y un día nos dijo que a Gustavo le habían puesto un *seguranal* [es decir, un agente de la SN para seguirle los pasos], y que tuviéramos cuidado. Entonces nos la pasábamos viendo para atrás, pero nunca veíamos a nadie. Nos encontramos un día a Carlos Jaén y le dijo a Gustavo que tenía a un hombre atrás que

lo tenía loco.

Uno siempre tiene curiosidad de saber por qué.

Conocí mucho a Neruda. Más de un palo me eché con él. Aprendió a tomar aquí en Venezuela. Creo que fue Luis Pastori con quien aprendió a beber. Siempre andábamos juntos, también con José Ramón Medina y Miguel Otero. Neruda, adonde quiera que iba, llegaba con sus frutillas y su botella de vino a preparar vino con frutillas al estilo chileno. Lo conocí en Francia cuando era embajador de Chile y la mayor parte de sus invitados eran venezolanos. Allá iban Mercedes Pardo, Alejandro Otero, Soto; además compartíamos las mismas preocupaciones por las dictaduras latinoamericanas. Ellos eran unos comunistas *sui generis*: ricos, exquisitos, pero como reacción de lo que pasó con Gómez, acuérdate que todos ellos vivieron el horror de Gómez. Hubo como un desquite.

Te cuento mi primer viaje a Nueva York: Aeropostal quería que yo hiciera un reportaje sobre el mantenimiento que tenían allá sus aviones. Me fui para allá y Carlos Dorante había quedado en ir a buscarme al hotel. Llegué, dejé las cosas en la habitación y bajé corriendo al bar del hotel. Pedí un cigarrillo, no sabía fumar, y un martini. Los mesoneros tuvieron que llevarme a la habitación por la rasca que agarré. No volví a tomar martinis más nunca en

mi vida. Hice una columna que se llamaba “New York, New York”. Yo procuraba ayudar a los venezolanos que estaban allá, a mandar noticias de lo que hacían en Nueva York. Sobre todo artistas y escritores.

...

De la décima conferencia de Caracas nos sacaron a Jorge Humberto Cárdenas (que era uno de los fotógrafos), a Héctor Mujica, a Carlos Dorante y a mí. Carlos tenía fama de que era cobardón. Total que pasamos juntos al interrogatorio con Ulises Ortega y éste lo primero que dijo fue:

—**Porque quiero que sepas que te has metido en un resbaladero de mierda.**

Y Dorante le responde:

—**Mire, señor Ortega, yo le voy agradecer, Francia es una compañera a la que queremos y respetamos; no vuelva a decir malas palabras delante de ella.**

A Héctor lo torturaron bárbaramente ese día, le

pegaron en las manos para que no escribiera más. Porque dijeron que los periodistas de *El Nacional* éramos los que dejábamos papeles contra Pérez Jiménez sobre el escritorio de los senadores. Me dejaron en un cuarto oscuro hasta las 7 de la noche, y de allí me pasaron donde [Pedro] Estrada y él me preguntó que a dónde quería yo que me mandaran y yo pensaba que me iba a mandar a Ciudad Bolívar. Me preguntó de nuevo:

—**Ajá, entonces, ¿quieres que te mande a tu casa o al periódico?**

[1] No usa el término en femenino, sino en masculino siempre.

[2] El expresidente Isaías Medina Angarita murió el 15 de septiembre de 1953.

Esta entrevista fue publicada originalmente en el portal *hableconmigo*, com el 27 de abril de 2018, bajo el título “Uno siempre tiene curiosidad de saber por qué”. Se reproduce con autorización de su autor.



Captura de pantalla. Documental de Cine Archivo.

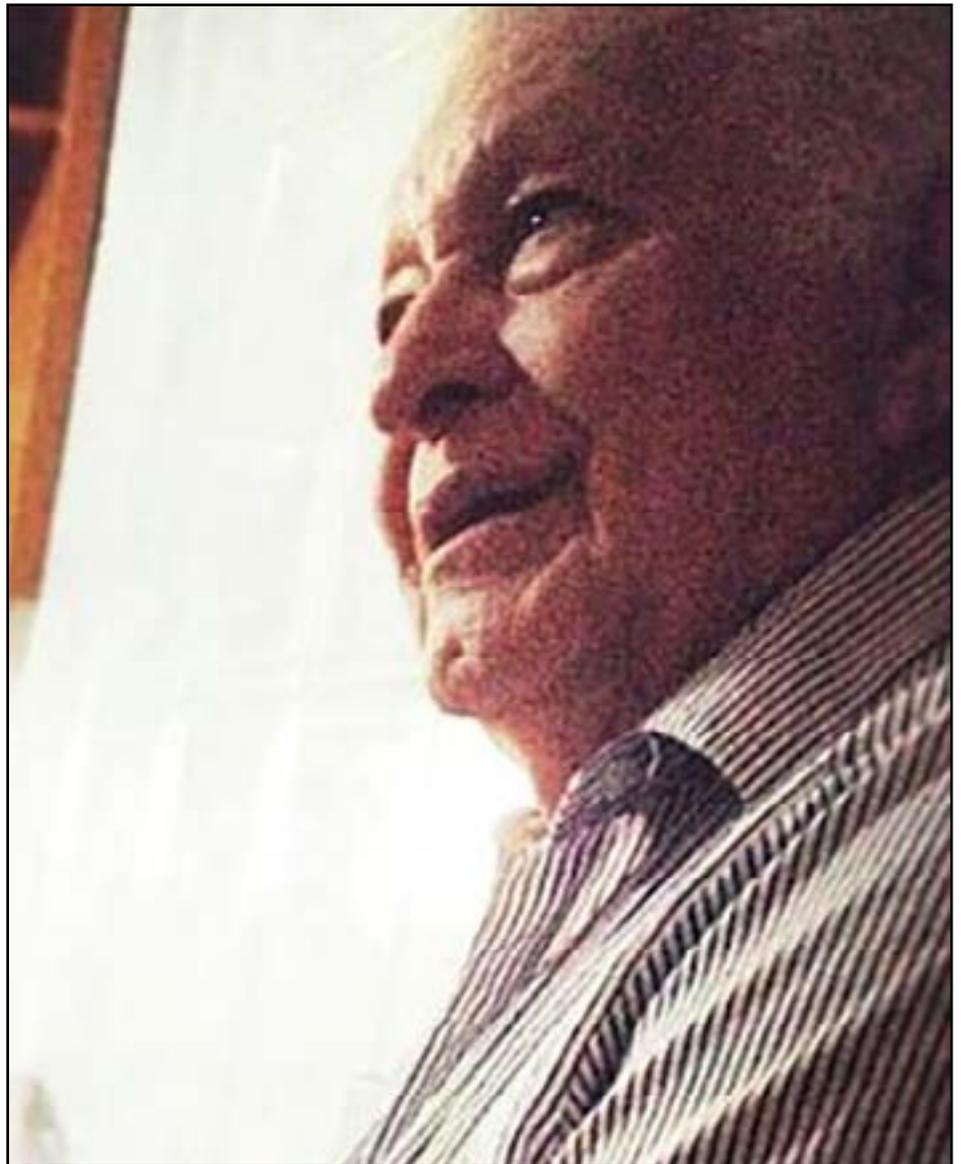


José Luis Mendoza, llegó al periodismo vía el sindicalismo petrolero

La sólida y admirable trayectoria que alcanzó José Luis Mendoza en *El Nacional*, hasta su desempeño en la máxima jerarquía de jefe de información, tuvo muy lejanos antecedentes en el ámbito petrolero del Zulia y Falcón. Antes de llegar al periodismo, este tenaz, laborioso y perseverante reportero, nativo de Puerto Cumarebo, fue trabajador y sindicalista petrolero en Cabimas y Punto Fijo, ciudad esta última en la cual se inició -casi por puro azar, diríase- como corresponsal, en 1958.

Circunstancialmente, la corresponsalía de Punto Fijo, creo que por renuncia de Manuel Guerra Indriago, había quedado acéfala, y su fraternal amigo y colega de luchas sindicales, Alí Brett Martínez, corresponsal en Puerto Cabello, lo recomendó para el cargo. En cierta manera, se puede decir que su carrera periodística como corresponsal en el periódico de los Otero, fue fulgurante. De Punto Fijo

EVARISTO MARÍN/



fue trasladado a Ciudad Bolívar y de la capital de Guayana, a Barcelona, al ser transferido Absalón J. Bracho a Maracaibo, en 1965.

«Barcelona siempre fue para el periódico una plaza de grandes corresponsales y allí tuve la suerte de conseguirme con Augusto Hernández, de reportero gráfico». Siempre se sintió muy orgulloso y ufano de haber trabajado con Augusto Hernández.» Nuestro trabajo en equipo se hizo sentir y fue crucial y fundamental, para mi traslado a Caracas, como jefe de información de Provincia, en 1967», sintetizó al ser entrevistado sobre su ascenso en *El Nacional*, desde la capital del Estado Anzoátegui.

Conocimos a José Luis desde

1969 cuando coincidimos como delegados a la II Convención Nacional de Periodistas, en Maracaibo. El por Punto Fijo, yo por Ciudad Bolívar. Nuestra amistad a partir de entonces fue muy fraternal y se agrandó cuando José Luis llegó a Barcelona como corresponsal. Fue por su insistencia que yo regresé a *El Nacional*, en 1974, luego de formar parte por casi diez años del personal fundador de la Universidad de Oriente en Puerto La Cruz, primero como delegado de extensión cultural y luego como secretario ejecutivo del Núcleo, bajo la dirección del ingeniero Freddy Mogna Cruz.

El 12 marzo del presente año, el carismático y talentoso José Luis Mendoza, falleció en la capital de la República

a los 93 años. Había nacido en Falcón, en 1928. Luego de haber cesado en su trabajo con *El Nacional*, se desempeñó por algún tiempo como subdirector del diario 2001 y hasta su retiro, por razones de edad, fue asesor de prensa de la CTV y tuvo esporádica participación como entrevistador en algunos programas de la televisión venezolana, antes del comienzo de la nefasta era política iniciada por el teniente coronel Hugo Chávez, en 1999.

El texto siguiente me fue regalado por José Luis Mendoza para que formara parte de la tesis de grado con la que opté a la licenciatura en Comunicación Social en la UCV (julio de 1990).

GRANDES CASOS - LOS ASESINATOS DE ALBERTO LOVERA Y FABRICIO OJEDA





PLAYAS, TEATROS y operaciones

JOSÉ LUIS MENDOZA (+)

Estuve en riesgo de ser sometido a juicio, por haber preguntado al ministro de la Defensa “por el estado de salud de Fabricio Ojeda”, el mismo día que coincidentalmente el jefe subversivo había aparecido muerto en su celda.

Relatar la experiencia de más de una corresponsalía como la de *El Nacional* en Barcelona, que no es ni está circunscrita únicamente a la ciudad capital sino que tiene competencia en todo el estado Anzoátegui y mucho más allá cuando las circunstancias así lo requieran, no es nada fácil.

Mucho menos fueron fáciles aquellos años de mediados de 1965 a finales de 1967 señalados como tiempos de insurrección, cuando aun estaban vigentes las luchas guerrilleras, existía persecución y cárcel por doquier y tenían plena vigencia los campos de concentración, mejor conocidos como los TO (Teatros de Operaciones) militares, por supuesto.

Anzoátegui fue la mejor can-



tera de noticias en esa época y aun cuando el centro principal de la lucha guerrillera eran Falcón, Lara y Trujillo, no es menos cierto que en las montañas de El Bachiller (Miranda-Anzoátegui) existía un foco subversivo en donde participaban connotados dirigentes de la izquierda venezolana (Moisés Moleiro, José Manuel Saher (El Chema), Américo Martín, Helímenes Chirinos, entre otros).

La suerte me puso en esa corresponsalía después de haber estado en el estado Bolívar y haber adquirido una experiencia invaluable desde el punto de vista profesional y humano. El que me asignaran a la corresponsalía de Barcelona fue un premio por el desempeño en la corresponsalía guayanesa en donde obtuve dos años consecutivos el Premio Regional de Periodismo, el Premio Interno de *El Nacional* y fui electo secretario general de la AVP (Asociación Venezolana de Periodistas).

Cando llego a Barcelona me consigo con el mejor periodista que he conocido. Me refiero a Augusto Hernández, quien tiene una cámara fotográfica en el cerebro y es hacedor de noticias, a su manera, que de todas formas son *tubazos*. Tiene una percepción innata de la información y adjetivando su nombre merece respeto y veneración. Puedo afirmar que mis éxitos en Anzoátegui, en una gran parte, corresponden a esa invaluable participación de Augusto.

El primer impacto noticioso lo logré el primer día de mi



Cerro El Morro de Lechería.

llegada. Me dirigía de Barcelona a Puerto La Cruz, y al paso, frente a Lechería, observé un gran cerro que estaba siendo socavado por grandes máquinas y camiones volteos. Augusto Hernández me informó que ese era El Morro, de donde sacaban un ripio o granzón de gran calidad, que luego vendían a precio de oro.

e que me impresioné al ver que esa inmensa mole estaba siendo destruida sin nadie alzar su voz de protesta. Ese mismo día se despachó a *El Nacional* una sola información con muy buenas gráficas sobre esos destrozos y desarrollando la tesis de que El Morro de Lechería es un rompe-olas natural que, al ser destruido, las grandes olas sepultarían para siempre esa bella y costosa urbanización al pie del cerro. Mereció la información un gran despliegue de Última Página.

Al día siguiente se produjeron toda clase de presiones, pero periodísticamente nos dedicamos a buscar opiniones de

conservacionistas, del Cronista de Barcelona, del obispo, de voceros universitarios.

Los vecinos se unieron desde el primer momento a la campaña y posteriormente casi toda la comunidad de *Barcelocruz* festejaba alborozada la salvación de El Morro. Puede decirse que en la segunda quincena de julio de 1965 el diario *El Nacional* salvó a El Morro y a Lechería de su total destrucción.

Decíamos que eran años de intensa lucha subversiva y parece que Anzoátegui había sido escogido como escenario de hechos violentos noticiosos de gran impacto propagandístico. Es así como casi siempre recibíamos llamadas, unas veces yo y otras veces Augusto, en las cuales nos alertaban: “esta noche hay algo importante”. Por supuesto, era difícil conciliar el sueño y lo cierto fue que a la medianoche ardía alguna instalación petrolera, especialmente los oleoductos, al hacer explosión con bombas que instalaban en ellos.

Casi inmediatamente estábamos en el sitio. A veces, primero Augusto y se daba banquete siempre, haciendo excelentes tomas fotográficas, y a mí me parecía, a cierta distancia, que él estaba dentro de las llamas. Más de una vez tuvimos que explicar ante las autoridades el porqué éramos casi los únicos periodistas que llegábamos primero a cualquier sitio.

Una vez tuvimos oportunidad sobre una odisea romántica que conmovió a todo el país. Sucintamente, se trata de un hombre enamorado, que era administra-

dor o jefe de las rentas de San Juan de Los Morros, y decidió fugarse con una bella muchacha a quien él le doblaba la edad. Esto no hubiera tenido mayor repercusión a no ser porque el Romeo decidió también llevarse un millón de bolívares. Lo cierto es que descubren la fuga a los días y ya el enamorado había dejado San Juan de Los Morros y tomado camino en su automóvil hacia El Tigre. Al salir de Guárico durmió tormentosamente su primera noche con la amada, pero siguió camino. En cada paraje que llegaba, el hombre enterraba cierta cantidad de billetes de banco. Así lo hizo en Pariaguán, El Tigre y en la vía hacia Soledad, en donde finalmente fue capturado y trasladado a Barcelona. Esos cuatro días fueron de una intensa actividad periodística. La prensa tenía una historia romántica cada día, que la gente devoraba con ansiedad y la radio y la televisión a cada minuto pasaban extras sobre la pareja, que por cierto es “vista” en varias partes del país al mismo tiempo.

Es bueno reseñar que *El Nacional* estuvo en primera línea en las campañas por la salvación y el dragado de la Laguna de Unare; por la construcción del balneario de Puerto Píritu; la defensa de las minas de Naricual; en la lucha por la construcción de una planta de coque; por la construcción de

la Avenida Intercomunal Barcelona-Puerto La Cruz. Jamás se prestó a crear confusión o hacerse eco de aquellos que querían que Puerto La Cruz fuera mencionada primero que Barcelona o que la capital del estado fuera trasladada a Puerto La Cruz. *El Nacional* no se sumó a ninguna campaña de ese tipo; y por el contrario, defendió la integración con la construcción de la Intercomunal; y la sede su corresponsalía ha permanecido siempre en Barcelona, por demás, la patria chica de los Otero Silva.

Existió un hombre de una estirpe especial, de una calidad humana incomparable. Un político de talla moderna y de una amplitud y sabiduría inconmensurables. Ese hombre fue Rafael Fernández Padilla, farmacéuta que llegó a Gobernador de Anzoátegui y quien dedicó toda

su gestión a resolver los más insignes problemas de esa región y a quien se le debe mucho de lo que es hoy el estado Anzoátegui. Con él nos tocó desempeñar nuestro trabajo, aun cuando políticamente este corresponsal no era muy pasable por los partidos del status de entonces.

Son muy conocidas las circunstancias de cómo, cuándo y dónde apareció el cadáver de Alberto Lovera, dirigente del PCV torturado y muerto por la policía política (Digepol) y echado al mar en Lechería, atado a unas gruesas cadenas. El redactor de *El Nacional*, que el mismo día se traslado a las playas de Lechería, supo desde el mismo momento que se trataba del cadáver de Lovera.

Durante un año mantuve secuestrada esta verdad dentro de mí, mientras se daban los pasos necesarios para poderla decir.



Absalón José Bracho fue sustituido por José Luis Mendoza en la corresponsalía de Barcelona en 1965. Aquí lo vemos entrevistando a Tomás Eloy Alfaro, hijo.

Fue de tal consideración la situación que el mismo Augusto ignoraba todo.

Gracias a un trabajo valiente del doctor Héctor Dávila Brón, quien era juez para esa época, y del inspector de la PTJ Libano Hernández Useche, fue posible concluir exitosamente la investigación hasta la exhumación del cadáver en el cementerio de Barcelona.

Casos como el de los cubanos polizontes descubiertos en alta mar cuando huían de la isla antillana; los Juegos Deportivos Nacionales; el asesinato de dos efectivos de la Digepol por parte de dos presos que eran trasladados en una patrulla; el de la gallina que ponía los huevos de oro; y el de Fabricio Ojeda, son testimonios y recuerdos imborrables en la mente de un periodista.

Un día el Presidente Leoni y su comitiva se dirigían a la inauguración de una importante obra en el estado Bolívar, y el avión presidencial hace breve escala en Barcelona para dejar al ministro de la Defensa, quien abordaría un buque en Puerto La Cruz para llegar en él hasta Ciudad Bolívar.

Por cortesía, ese gran hombre que fue Leoni desembarcó para saludar al gobernador Fernández Padilla. Brevemente entrevistamos al Presidente, y a la pregunta de ¿Cómo está la situación del país?, el Presidente responde, poniendo su brazo derecho por encima de los hombros del periodista, de la siguiente manera: La situación esta buena... lo que pasa es que

ustedes se empeñan en echarla a perder.

Soltó una agradable carcajada y siguió sus pasos. De eso quedó una estupenda gráfica de Augusto Hernández.

Pero en ese instante el resto de periodistas, que no se le acercaron al Presidente, estaba entrevistando al ministro de la Defensa (el general Ramón Florencio Gómez), y este periodista tuvo que apretar la marcha y dejar al Presidente para evitar que lo *tubearan*.

Ya con el ministro de la Defensa, mi pregunta fue esta: Ministro, ¿cómo está Fabricio Ojeda?

Y el ministro, de muy mal talante, demostrando incomodidad, repreguntó: ¿Cómo está de qué? Y el periodista le insistió: ¿Cómo está de salud?

La respuesta fue esta:

-Él está bien... y si está enfermo, lo curamos.

Este pequeño diálogo salió textualmente en la Última Página de *El Nacional*.

Ese diálogo se produjo a eso de las 8 y 30 de la mañana.

Muy lejos estaban los periodistas, entre ellos el que esta nota escribe, de saber que ese mismo día, casi simultáneamente al momento que se produce la entrevista con el Presidente Leoni y con el ministro de la Defensa, fue encontrado en el llamado Palacio Blanco, en donde funcionaban los Servicios de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), el cadáver de Fabricio Ojeda.

Demás está decir que inmediatamente los cuerpos de seguridad del Estado, en presencia del

gobernador Fernández Padilla, interrogaron al corresponsal de *El Nacional* para indagar la razón por la cual el periodista hizo esa pregunta al ministro de la Defensa.

A la pregunta de ¿Cómo sabía usted que el guerrillero Fabricio Ojeda había muerto?

-No lo sabía en absoluto, respondí.

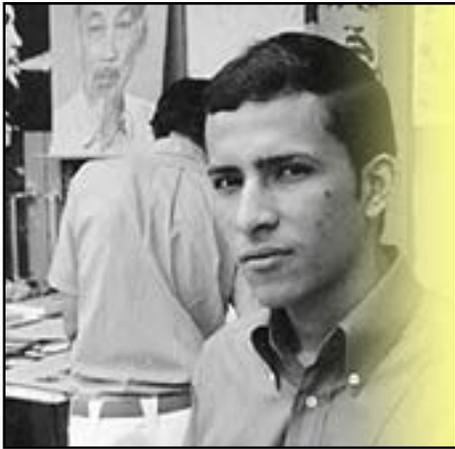
A la otra pregunta: ¿Cree usted que el guerrillero Ojeda se mató o lo mataron?, respondí lacónicamente:

-Solo sé que lo encontraron muerto.

En ese mismo instante intervino el Gobernador para afirmar que a él le constaba la seriedad y honestidad del periodista y que respondía por él a toda eventualidad.

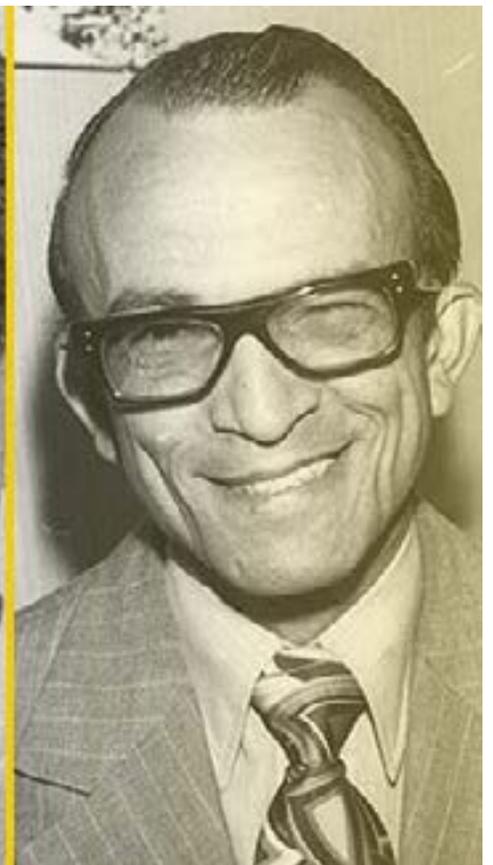
Como podrá deducirse de este relato, los corresponsales de *El Nacional* gozaban de completa autonomía y del más irrestricto respaldo y credibilidad por parte de las autoridades del diario, al extremo de que eran ellos mismos los que decidían todas las coberturas que diariamente hacían en sus respectivas jurisdicciones, y se le daba cabida a toda producción que enviaban, incluyendo los reportajes especiales.

Debo decir que mi trabajo en Anzoátegui me ganó el ascenso como jefe de las páginas de Provincia del diario *El Nacional*, siendo la primera vez en la historia del periodismo nacional que un corresponsal es llamado directamente de la provincia para ejercer un alto cargo de jefatura en Caracas.



LOS TRES Villalobos

VÍCTOR SUÁREZ/



A finales de los años 50, una vez caída la dictadura de Pérez Jiménez, gran parte de mi extensa pubertad transcurrió en un conjunto residencial construido por el Banco Obrero en Barcelona. Entraron los <60 y seguía allí.

Allí vivían, con sus familias, el fotógrafo de *El Nacional* Augusto Hernández y el corresponsal de *El Universal* Miguel Ylales. El corresponsal de *El Nacional* Absalón José Bracho iba todos los días en busca del hombre de la cámara.

También tenía residencia allí el corresponsal del efímero diario oficial *La República*, Obdulio Puga Padilla, pero éste no formaba parte del sanedrín.

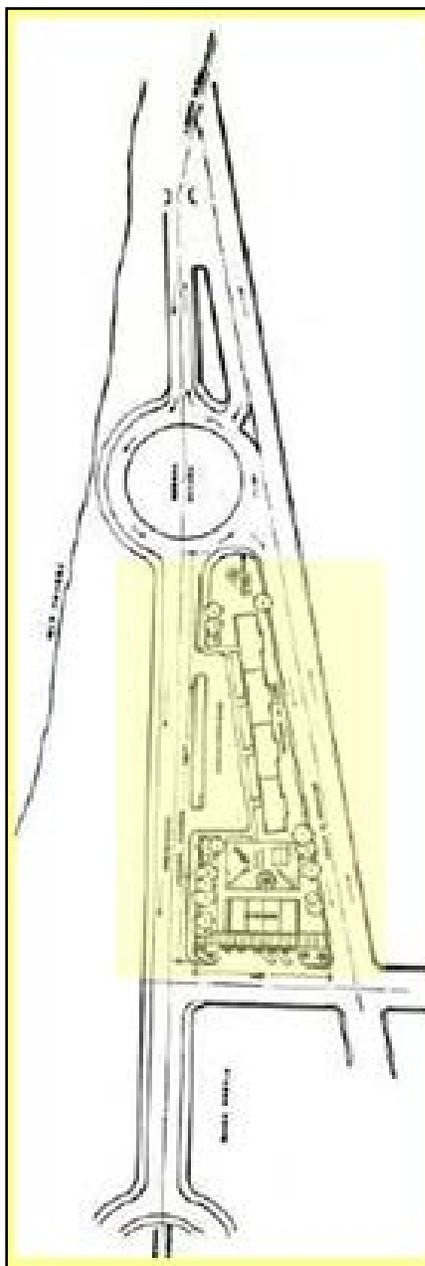
Mi madre era amiga de las esposas de tres de esos vecinos periodistas, y yo de sus hijos. En el apartamento nuestro, casa de costurera, todas celebraban sus dichas mientras se probaban trajes recién cortados a sus medidas, pero asimismo enjugaban sus penas, sus peleas, las infidelidades que les atribuían a sus esposos y también las que achacaban a mi padre, que no era periodista sino maestro de escuela.

Conclusión: era lector y oyente de la vida de estos tres periodistas, según el prisma de sus reportes matutinos impresos y de las versiones íntimas de sus respectivas consortes a la hora en que las gallinas se están acurrucando.

Nunca había conocido a un periodista, y mucho menos a tres de sopetón. Por efectos de la radio, estos eran la personificación en mi vida real de “Los Tres Villalobos”, cuyos capítulos diarios hacían que suspendiera todos los deberes escolares para dedicarme cada

minuto a descifrar las intenciones de “Rodolfo”, “Miguelón” y “Machito”, galopando sus respectivos corceles “Centella”, “Tormenta” y “Azabache”. Esta serie radiofónica Arquímedes Rivero la había adaptado al oído nacional. Había sido un éxito durante 20 años seguidos en la radio cubana. Se desarrollaba en el llano amplio y férax, donde con delirio justiciero los tres conjurados buscaban en los chaparrales a los asesinos de su padre y de su hermano menor, y en su casa grande vivían historias sin cabeza. Igual, consideraba yo, que estos tres periodistas de la vecindad. Rodolfo era «el más gallardo», Miguelón «el más brusco» y Machito «el más adorable» de los Villalobos, asegurada en Radio Rumbos el narrador Armando Hernández Vera.

Cuando los tres periodistas salían del bloque residencial cada mañana, ya sabía yo que iban de aventura, a buscar al criminal, a descubrir papeles ominosos, a procurar adobe para una escuela



sin techo, y al día siguiente corroboraba sus pescas en las páginas de *El Nacional* y de *El Universal*. O las contrastaba con lo que publicaba *El Tiempo*, de Puerto La Cruz.

Llegué a saber que se intercambiaban las exclusivas (descubrimiento del significado de la palabra «tubazo») y que se avergonzaban cuando Jesús Alvarado, el fundador de *El Tiempo*, les tumbaba las primicias.

Absalón era adusto y ceremonioso, de abdomen prominente, controlador de la AVP, seccional Anzoátegui.

Augusto era dicharachero,

familiar, sobrao, con acentuada habla caraqueña (nació en Puerto Cabello pero había asimilado el tumbao de El Guarataro, en la parroquia San Juan), se hacía un bolo con la lengua en el carrillo derecho en imitación de los antiguos peloteros yanquis que mascaban tabaco en el terreno de juego. Ylales venía de Maturín, había fundado *El Diario de Monagas* años atrás, era cerril, con grandes lentes de pasta, mínimo en

estatura y máximo en timidez.

Absalón hablaba con los políticos. Augusto retrataba mujeres bellas, playas atestadas, incendios forestales y deportistas destacados. Yílales prefería entrevistar a los estrategas del progreso.

Sus señoras se reunían a menudo en la sala de costura. En la tarde del 27 de junio de 1961 llega Dorila y dice: Absa no durmió anoche en casa, me dijo que se había quedado de guardia en la corresponsalía a causa del intento de golpe militar.

-Pero si el golpe terminó a las diez de la mañana de ayer, cuando el general Monch le tiró cuatro bombas al cuartel, los aviones pasaron por encima del bloque, repuso La India.

Lulú cerró con alevosía: Pues, mi agosto marido tuvo que revelar las fotos en el baño de la casa porque a la oficina la estaban pintando y con ese polvo no se podía trabajar.

Dorila saltó enfurecida, clamando al techo: «¡Absalón, Absalón, esta me la vas a pagar!»

Luego tomaron guarapo de canela y se calmaron.

Otra tarde encuentro una especie de corro de brujas comentando algo en voz baja. Apenas escucho, me sacuden, que si ve a ver si el gallo puso y cosas así.

Extraigo lo esencial. Alcira, una vecina muy agraciada, está dejando entrar en su apartamento a Nilo, un joven pintor que la había deslumbrado con el cuento aquel de la modelo que es inmortalizada en el lienzo. Pero este alevín de paisajista no la visitaba con tela y caballete, quizá sólo con un pincel encendido. Al esposo de Alcira le habían llevado el cuento a su oficina gubernamental (creo que trabajaba



Se iba a llamar Unidad Cooperativa Vecinal “2 de Diciembre”, pero una vez concluida cayó la dictadura. Desde entonces son “Los Bloques de Barcelona”.

en la Contraloría del Estado) y se había vuelto loco de celos. Tenía porte y arma correspondiente. «Lo voy a matar», le dijo a mi madre. «La voy a matar», le dijo a Lulú. «Los voy a matar», dijo en el bar de la plaza Boyacá.

Pusieron sobre aviso a la modelo infiel, al pintor temerario y a los tres periodistas. Esperaban un muerto, dos muertos o tal vez tres, con suicidio adjunto. Pero mi madre se adelantó y con ello evitó varias ensangrentadas últimas páginas en la prensa nacional y local. Encaró al

funcionario malherido en el alma y lo amansó: Mijo, te vas a desgraciar, deja acá ese revolver, habla con ella, resuelvan, menos mal que no tienen hijos...

El hombre lloró pero no siguió maldiciendo. Entregó a mi madre la caja de zapatos donde guardaba el arma, y no volvió más. Desapareció.

Cada vez que se reunían las cuatro cotorras, traían el tema a la sala de la casa. La caja de zapatos pasaba de escondite en escondite semanalmente, de casa en casa. Esperaban que en cualquier momento el dueño la reclamara. Absalón amenazó a su mujer con llevar el arma a la policía, no quería verla más en el escaparate. Augusto le tomó fotos, para preservar la exclusiva, dado el caso de que se convirtiera en arma homicida. Yílales se reservó su opinión y dejaba que la caja de zapatos durmiera su temporada semanal en la planta baja número 2 del portal C de los Bloques de Barcelona.

Pasa el tiempo y se recorta la memoria. Entonces...

Sin su hermosa mujer, Absalón se fue a ejercer en Lara y luego en Zulia, hasta que le picó el chipo del Chagas. Augusto sigue en el pueblo, alargando su provechosa senectud, envuelto en las fotos de su pequeña Lulú. Mi madre me dijo que Yílales también se había ido, pero sin La India Zurita, sin su preciosa hija Liuba Ivanova. A mí me llegó la hora de la toga y el birrete de bachiller envalentonado y también me fui del pueblo. 1963.

No eran reencarnaciones de los actores Luis Salazar, Arquímedes Rivero y Raúl Amundaray, pero eran mis Tres Villalobos, mis primeros tres periodistas modélicos

Varios 'Pulitzer' le deben a Augusto

EVARISTO MARÍN/

De sus grandes triunfos como reportero gráfico, puedo dar mucha fe. Lo he visto cámara en mano, en medio del ruido y las llamaradas de una explosión petrolera, desafiando el oleaje de un mar de leva y con el agua casi a la cintura, cuando, luego de mucho llover -en aquél aciago 1967- el Neverí se metió de lleno hasta el propio centro de Barcelona. Los acontecimientos que han pasado por su lente fotográfico, son dignos de más de un Pulitzer, el gran premio periodístico de fama mundial: Los alzamientos militares de los años 60, conocidos como el Barcelonazo y el Carupanazo, los episodios cruentos de la guerra de guerrillas, tragedias aéreas de sobrecogedoras magnitud -como aquella, con 75 muertos protagonizada por un avión de Avensa en Maturrín-, el largo episodio de los frecuentes estallidos de oleoductos petroleros por acciones armadas clandestinas contra los gobiernos de Betancourt, Leoni y Carlos Andrés Pérez.

En este oficio de la noticia, el suceso no tiene hora, ni fecha ni sitio fijo. Eso sintetiza en mucho la vida de Augusto



Hernández y su trayectoria en el periodismo. Muchas veces, los dos amanecíamos trasnochados entre los primeros que llegaban con las comisiones de rescate de avionetas caídas en la montaña de Bergantín, en la ensenada del golfo de Santa Fe, o en el más inhóspito lugar de una sábana o de una playa. Hubo una época en que ya parecíamos cronistas de la aviación civil y militar. En un solo año, contabilizamos tres desastrosos siniestros de bombarderos de la base aérea local.

Un DC3, que iba en ruta hacia Colombia –con una extraña carga de juguetes navideños, desde Norteamérica- amaneció un día semienterrado entre la arena de las playas de Caño Caimán, luego de haber rondado en la madrugada sobre el aeropuerto, en desesperado intento de aterrizaje. La torre de control no respondió a sus llamados de emergencia. El piloto tenía antecedentes por drogas en Estados Unidos. De repente, en un caso como este hasta nos llamaban desde las agencias internacionales de noticias, en demanda de tomas fotográficas. Eso permite decir que, algunas veces, Augusto Hernández también ha cobrado su trabajo en dólares.

Esas grandes tragedias que han convertido en escenario de dolor y llanto las carreteras de nuestra región oriental, nunca faltaban en el recuento de los años en los cuales anduvimos reportando juntos para *El Nacional*, en la extensa geografía del estado Anzoátegui y a



En su carnet del periódico, se lee al margen: “Dic 1955 comencé en Barcelona 1º de enero 1956. Mi primer suceso: cuatro alemanes que se mataron en Los Montones” (zona industrial, en la vía hacia Naricual).

veces de otras zonas del oriente del país. Hubo días y semanas en los cuales no parecía haber lugar para el descanso. Cuando llegaba el momento de las vacaciones, estábamos extenuados. Era la comadre Lulú, la que alertaba: “No voy a pasar las vacaciones escolar con estos muchachos en la casa. El ‘Pure’ se va de vacaciones”, reclamaba ella, con justa razón. Además,

las palabras de Lulú siempre fueron órdenes. Pregúntenselo al propio Augusto.

Haber trabajado con Augusto Hernández, durante casi medio siglo, me permite retratarlo estupendamente, con muy sobrada experiencia. Tengo el privilegio de conocerlo, de vista y trato, como se decía en los antiguos documentos, desde 1957. En diciembre de ese año,

logré mi primer ascenso en *El Nacional*. Eso significó para mí el traslado hasta la corresponsalía de Barcelona, luego de una primera incursión periodística con el periódico de los Otero, aquel mismo año, primero en Tucupita y luego –por muy pocas semanas- en El Tigre. Cuando me trasladaron a Ciudad Bolívar, en junio del 58, comenzábamos a sentirnos tan hermanados que al momento de la despedida lloramos como un par de muchachos.

Obviamente, el Augusto Hernández de los grandes acontecimientos fotográficos también recoge vivencias gratas, reconfortantes y pintorescas, en el discurrir contemporáneo de Barcelona y Puerto La Cruz, ciudades que aprendió a querer quizás tanto como a su Puerto Cabello natal, donde, de niño, admiraba el trabajo de Henrique Avril, el genial fotoreportero de *El Cojo Ilustrado*. En *El Nacional* y en una sección llamada “La Viñeta” –de la cual fue iniciador – desfilaron hechos y personajes que forman parte de la historia de Barcelona. Me ufano en decir que en el arte de la fotografía he tenido el gran privilegio de ser su alumno.

Del anecdotario de este genial fotoreportero, también dan fe testimonial unos cuantos de quienes, por casi medio siglo, lo han tenido como vecino de la Barcelona de Venezuela. Cría fama y échate a dormir. Mañico Silva, propietario de la única funeraria que hasta avanzada la década de los 50,



Antes que fotógrafo, Augusto fue zapatero. Con el primer dinerito se compró un flux en Caracas para volver de visita a su natal Puerto Cabello.

tuvo Barcelona, se ufanaba de tener “medido de vista” a todos los principales personajes de la ciudad, para asignarle, a la hora del fallecimiento, el tamaño de la urna. No dejaba eso al azar. Los medía mentalmente y anotaba nombre y talla en lo que llamaba “Cuaderno Nro 2”. En perfecto orden alfabético allí estaban desde el gobernador y todos los funcionarios del gobierno, hasta el jefe de policía, los jueces y el director y los maestros del Grupo Chile. Cierta vez, Mañico observó que al pasar frente a su negocio –cercano por obvias razones

estratégicas al antiguo hospital “Luis Razetti”- el reportero gráfico de *El Nacional* comenzaba a caminar con gestos extraños, tal como si estuviera paralítico de tanto andar con esa cámara al hombro. “Mañico, tengo que hacerlo así, ¡para que no me midas!”, le dijo un día, chistosamente, y el conocido comerciante funerario, le sorprendió, sonriente, con esta contundente y muy reflexiva confesión: “Uff, Augusto, tu medida la tengo en el Cuaderno N° 2, desde hace años. A la gente hay que medirla viva. ¿Tú no sabes que la gente, al morir, se encoge?”.

Todavía, a los 94 años que cumplirá el primero de septiembre, sus problemas de salud no ha dado mucho de comer a los médicos. Hasta los 88 años solo le habían intervenido para extraerle la vesícula. Todo un récord.

DEVUELVO ESTOS CUBIERTOS O TE MANDO PRESO

Por pura circunstancia nada más, el recordado escritor -y cronista de Barcelona, Salomón de Lima, administrador de la gobernación durante parte del mandato del Dr. R. A. Fernández Padilla, quedó “encargado del despacho”, como se dice en el argot oficial. Eso exactamente fue lo que pasó cuando Fernández Padilla viajó al exterior invitado por el Departamento de Estado norteamericano, y el secretario general de gobierno, Luis Echeverría Alfaro, tuvo que ausentarse a Ciudad Bolívar para una gira con el Presidente Leoni. En esas circunstancias,

don Salomón acudió, como Gobernador encargado, a una cena de gala en el Country Club y al llegar a su casa de regreso, poco antes de la medianoche, se encontró una no muy grata sorpresa: Tenía en los bolsillos del paltó un tenedor y un cubierto. No lo pensó dos veces: “Esta vaina solo puede ser una ocurrencia de Augusto Hernández”. Seguro de que era así, despertó a Augusto -de un telefonazo -cerca de la una de la madrugada- y le dijo “Augusto, aquí tengo los cubiertos que me pusiste en el bolsillo y no sé si mandarte preso por mamar de gallo o devolverle estos cubiertos al Country”. Afortunadamente optó por lo último.

El propio Augusto cuenta, entre sus pintorescas historias, las que vivió cuando tenía de vecino a Cristóbal Colón. Obviamente, no al que llegó a Macuro con sus tres famosas carabelas. Al que Augusto y muchos otros conocemos -de vista y trato- es un comerciante nativo de la ciudad capital del estado Anzoátegui, por algún tiempo residente en la planta baja de “Los bloques del Banco Obrero”, en la extensión de la avenida Cajigal, en la salida hacia Puerto La Cruz. Un día, durante uno de esos grandes aguaceros que periódicamente azotan a Barcelona, a Colón se le inundó el apartamento, y cuando llamó al Cuerpo de Bomberos y dijo su nombre. La emergencia que vivía con su familia fue tomada como un chiste. “¿Cómo dijo usted que se llamaba?, le preguntaron, y cuando insistió en

Terremoto en Cariaco - 1997



decir “Cristóbal Colón”, una gran carcajada se apoderó de los bomberos. Augusto tuvo que ir, personalmente, a explicar que el Colón que estaba con el agua casi al cuello, no era el descubridor de América,

tan admirado por cinco largos siglos y ahora tan fustigado por grupos que han llevado su furia a los extremos de derribar sus estatuas y de querer desterrar su nombre del paseo que lleva su nombre en Puerto La Cruz.

Formando parte de toda una legión que durante cinco años dedicó todo su esfuerzo, dedicación y constancia, al primer curso de profesionalización patrocinado por el CNP con el apoyo del Instituto de Mejoramiento del Periodista y de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, tres destacados corresponsales de *El Nacional*, Evaristo Marín (Barcelona) Rubén Ferrer Rosas (Maturín) Américo Fernández (Ciudad Bolívar) y los reporteros gráficos, Augusto Hernández (Barcelona) y César Trujillo (Caracas), dieron rango académico a su larga experiencia profesional, al obtener sus títulos de licenciados, en acto realizado en el aula magna de la Universidad Central de Venezuela, en julio de 1990.

Sin desatender sus diarias y exigentes responsabilidades de trabajo, estos conocidos periodistas de *El Nacional* -tres de ellos margariteños, por feliz coincidencia y todos hermanos por un gran espíritu de superación profesional-, respondieron con perseverante afán, al esfuerzo que con generosa voluntad ofrecieron los profesores de comunicación social de la Universidad Central. No es poco recordar que por ese largo tiempo, estos profesores universitarios se desplazaron por vía aérea, desde Caracas, hacia distintas zonas del país, para cumplir disciplinadamente con jornadas de clases y supervisión de tareas académicas presenciales, durante los días de fin de semana.

En este programa de profe-

Togados en la UCV

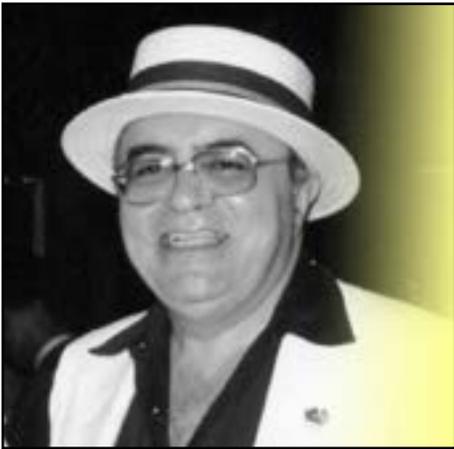


Augusto Hernández, César Trujillo, Evaristo Marín, Rubén Ferrer Rosas y Américo Fernández, muy felicitados por *El Nacional* el día de su graduación.

sionalización, en el cual participaron casi un centenar de afiliados al Colegio Nacional de Periodistas, en Caracas y en el interior del país, representó para todos ellos un gran sacrificio económico y de tiempo, pero se vio compensado con el orgullo de alcanzar el título de licenciados en comunicación social, en nuestra Universidad Central de Venezuela, luego de haber desempeñado el oficio periodístico en forma práctica durante largos años.

Entre los graduandos, recordamos a Luis Gerardo González, reportero gráfico de *El Universal* en Cumaná, Franklin Vírguez, exreportero gráfico de Últimas Noticias, convertido luego en toda una celebridad de la TV, y Carlota Blanco, periodista familiarmente emparentada con el expresidente Antonio Guzmán Blanco, «El Ilustre Americano»

En la Redacción hubo mucho regocijo por la proeza académica alcanzada.



LA VIDA por una NOTICIA

EVARISTO MARÍN/

Ahora, entre lo poco que ha podido sobrevivir en mis viejos archivos, me veo joven, de paltó y corbata, con el gobernador Horacio Cabrera Sifontes en la Ciudad Bolívar de 1958. Como se dice, desafiando el calor, que en Bolívar no da tregua, ni en los días lluviosos cuando el Orinoco es más turbulento, a su paso por la antigua Angostura. Frente a Soledad, claro está, es su parte más estrecha. Se puede ver a simple vista, de una orilla a la otra. No es así, más allá de Barrancas, hacia el Delta, donde es más inmensa y sobrecogedora su presencia, en la ruta final hacia su encuentro con el Atlántico, más allá de Curiapo, más allá de más nunca, como diría Gallegos.

En junio del 58, cuando *El Nacional* me trasladó desde Barcelona hacia Guayana, eran de mucha euforia política, tras la caída de Pérez Jiménez y la



vecindad de las primeras elecciones libres en más de diez años. En Ciudad Bolívar tuve la oportunidad de ver por primera vez a Rómulo Betancourt, el candidato de Acción Democrática, con primera opción a la presidencia a pesar de la resistencia que se le atribuía en el estamento militar. Don Rómulo, a su regreso del exilio, era un político de lo más cercano a los periodistas. Hasta se dejaba entrevistar. En noviembre de aquél año, cuando clausuraba su campaña en El Mirador, en el Paseo Orinoco, me hizo subir a la tribuna, para no me quedara duda de aquella multitud. Le oí su discurso, a menos de tres metros de distancia. Como Presidente, a esa distancia solo pudieron situárseles, excepcionalmente, los reporteros del Palacio de Miraflores. Nunca dio declaraciones a los periodistas del interior del país.

Personajes tan notorios en la política venezolana, como Jovito Villalba, Luis Beltrán Prieto, Raúl Leoni, Luis Alfaro Ucero, Gustavo Machado, Wolfgang Larrázabal, Rafael Caldera, lo primero que hacían al llegar a Ciudad Bolívar o alguna otra de nuestras ciudades interiores era invitar al Corresponsal de *El Nacional*. Desayuné con todos ellos. Prieto y Villalba estuvieron muy cerca de mi afecto, porque, por encima de sus posiciones políticas, estaba hacia ellos mi afinidad margariteña. Para mí, aquella conmovión electoral era totalmente novedosa y a la vez inédita, luego de vivir (desde el 54) mis

comienzos como periodista corresponsal, en un régimen en el cual estaba prohibida la noticia política (de oposición) con los adversarios del gobierno, cuando no en la cárcel, en el destierro.

El jefe de información de Provincia, Francisco Guerrero Pulido, “El Gocho Guerrero”, era un buen ejemplo: No se salvó de ir muchas veces preso en Maracaibo ni en Barcelona, pese a que gustaba jugar al dominó con Miguel Silvio Sanz, a quien Pedro Estrada, al final del régimen, ascendió y se llevó a Caracas como jefe de la brigada política de la policía política, la temible Seguridad Nacional.

Me veo de paltó y corbata, con Cabrera Sifontes, el gobernador transitorio –protagonista de una noticia que tuvo llamado de primera página: El MOP tenía ya listos los estudios para el puente sobre el Orinoco entre Ciudad Bolívar y Soledad, en 1958 – y recuerdo que por esa época, era muy habitual, andar con muy buen atuendo, porque frecuentemente *El Nacional* publicaba las fotos con el entrevistado al lado del Corresponsal. Toda Venezuela nos conocía por foto y yo, en esa época, era uno de los más jóvenes y buenosmocos, con mis bigotes, al estilo de Pedro Armendáriz y mis apenas 60 kilos. Hasta tenía dientes de oro, por lo que mi sonrisa –como es de suponer- era muy luminosa.

En Soledad, antes de tomar el ferry, los pasajeros eran obligados a pisar una especie de colchón con creolina, porque

la ganadería de Guayana era la única del país libre de aftosa. Desde el hato “La Vergareña” salían a semanalmente dos o tres aviones, con carne y leche hacia Miami, Florida. Aquel hato, de propietarios norteamericanos, era también el único del país que tenía aeropuerto y matadero industrial. ¿Cómo les parece la Venezuela del 58?

Muy muchachita entonces, Emma, una de las hermanas de mi primera esposa, Irma Martínez, debía creer que yo, su cuñado, a lo mejor trabajaba en el acueducto, porque todos los días salía “a recorrer las fuentes”, como es común que digan los reporteros cuando van en busca de los sitios en los que hay noticias.

Ahora, a casi 67 años de mis inicios como reportero en *Antorcha*, en El Tigre (eso ocurrió en septiembre del 54 cuando el periódico de Edmundo y Mauro Barrios, apenas tenía dos meses en circulación), debo confesar que el ajetreo de la noticia acabó con el artista que era yo. En El Tigre, mi primer trabajo fue pintar murales en las paredes de las casas de algunas familias margariteñas, entre ellas la de mi tía Claudia Marín y la de la Nino Rodríguez y su esposa, Celia Rivas, en la avenida 5. Era yo, entonces, un joven pintor y poeta. Escribía, en esa época, unas bellísimas cartas de amor. No guardé copia, porque, lógicamente, eso nunca se ha estilado en ese tipo de intercambio epistolar, que en mi caso iban dirigidas a una

novia que dejé en Margarita.

Cuando llegué a El Tigre de Anzoátegui, en noviembre del 53, todavía mi vocación por la arquitectura y la pintura, agitaban mis pensamientos hacia el porvenir, pero no pude, nunca, dar riendas a esa predilección por echar rayas, porque los estudios de dibujante arquitectónico en la Academia Gregg, de la profesora Palomino, estaban muy lejos de mi capacidad de pago. Por lo tanto, tuve que conformarme, entonces, con aprender mecanografía, un oficio que me sirvió de mucho cuando, poco a poco, desde los

diecinueve años, me metí al periodismo y me hice desde el 57 corresponsal del diario de los Otero Silva, luego de una corta pasantía –también en el sur de Anzoátegui, entre el 55 y el 56– con *Ultimas Noticias*.

En esos tiempos, por poco me llevan preso: El cónsul de China en El Tigre, Robert Chang, me cedió los pasaportes de 5 chinos muertos en un choque entre El Tigre y Cantaura, y a mí, novato y sin fotografía para hacer las reproducciones, se me ocurrió enviarlos a Caracas, a la redacción. *Ultimas Noticias* registró la noticia, a grandes titulares en la última

página, pero yo tuve que salir, en autobús (ida por vuelta) a buscar los pasaportes, porque sin ellos no autorizaban el traslado de los cadáveres hacia Hong Kong, vía Maiquetía, desde el aeropuerto de San Tomé. La SN me dio un plazo de 24 horas para devolverlos. Afortunadamente el cónsul Chang, un hombre de fácil sonrisa, muy paciente y habitualmente muy amable, no me consiguió. Porque la verdad sea dicha, me quería matar. Tengo que admitir, ahora, que al cónsul no le faltaba razón. Pero yo me jugaba la vida por una noticia.

Miguel, no son visiones; esa es una caravana del circo Razzore...

EVARISTO MARÍN/

“Nunca puedo olvidar lo pa-r-randero que fuimos Perucho Garroni y yo en los comienzos petroleros de El Tigre”, recordaba, ufano, Miguel Otero Silva. También le oí alguna vez referir con grata expresión de orgullo, haber escrito en Chile, en Isla Negra, en una vieja máquina del poeta Pablo Neruda, el discurso que pronunciara –investido en la condición de Orador de Orden –con motivo del Bicentenario de su ciudad natal, Barcelona, en el atardecer del primero de enero del 71.

En uno de esos días próximos al Año Nuevo de aquel año, nos reunimos para almorzar en “El



Miguel Otero Silva formaliza la donación de una colección de arte y el terreno de la sede del Ateneo de Barcelona. Le acompañan el gobernador del estado Guillermo Álvarez y su esposa Bertha Dávila de A.B. Al fondo, Pedro Báez, director de Cultura.

Taurino”, para la época el más típico restaurante de comida española en Puerto La Cruz. Únicos invitados del poeta, escritor y copropietario de *El Nacional*, el fotógrafo Augusto Hernández y yo, disfrutamos en ese mediodía de una larga –y muy amena tertulia –oyendo de la propia voz de Miguel Otero el anecdotario de sus andanzas.

Entre sus muchas anécdotas, dos se me quedaron para siempre en el recuerdo. Conocida fue siempre su posición antifranquista. Eso no le quitaba, desde luego, su admiración por España y su predilección por los vinos y por los toros. Enemigo de Francisco Franco y adversario político de Pérez Jiménez y su dictadura militar, casi le clausuran *El Nacional* cuando la Junta de Gobierno anunció que se reanudaban las relaciones con España rotas por Betancourt en 1945 y a Miguel se le ocurrió, a propósito de aquél acontecimiento, publicar una foto de archivo en donde Franco y Adolfo Hitler se veían sonrientes en su tiempo de aliados tenebrosos durante la Guerra Mundial. El periódico de la familia Otero se vio en aprietos, por aquella foto. El amigo de Hitler, es ahora amigo de Pérez Jiménez, interpretaron aquello con lógica muy elemental, en las esferas del gobierno, y *El Nacional* estuvo suspendido de circulación, por dos días, gracias a una medida del gobernador del DF, Juan de Dios Celis Paredes.

Cierta vez, estando en Europa, continente por él muy frecuentado, en largas estancias por

Italia y Francia, MOS pensó que podía burlar a la Guardia Civil, aún con el Generalísimo Franco en el poder, y se arriesgó a ir de Roma hasta Madrid, deseoso de asistir a una corrida con Luis Miguel Dominguín. No pudo lograr esta última aspiración.

La policía franquista era tan efectiva y tan represiva, que lo descubrió en un modesto hotel que había ocupado al azar y le obligó a salir de Madrid en el término de la distancia.

“Se va de una vez o queda preso. Usted es un confeso y manifiesto enemigo de España y de mi generalísimo”, le dijo uno de los oficiales de la Guardia Civil.

Sobre la marcha, tuvo que resignarse a buscar su maleta y bajo custodia policial hasta el aeropuerto, obligado a tomar, ese mismo día, el primer avión que estuvo disponible para viajar a Francia.

Lo otro que Miguel Otero Silva gustaba contar, entre amigos, eran sus andanzas, con Perucho Garroni –su fraternal amigo, caporal de la Mene Grande Oil Company– en los comienzos de El Tigre petrolero. “Las parrandas que tuvimos Perucho y yo siempre fueron de marca mayor”.

Regresado del exilio gomecista, luego de participar con Gustavo Machado y otros líderes comunistas, en la toma de Curazao, Miguel Otero también cayó en desgracia con el nuevo gobierno. Por esa razón, el General López Contreras lo envió confinado a Barcelona, por casi año y medio. Eso le permitía, escaparse, con alguna frecuencia, hasta El Tigre, en donde Perucho Garroni –como todos los jefes de la compañía norteamericana del petróleo– siempre disponía para sus huéspedes, whisky de las mejores marcas.

Cierta vez, los dos, Miguel y Perucho, se dirigían en una camioneta pick-up de la MGO, a bañarse en el río Caris, luego de una noche de mucho brindar, cuando les sorprendió en el camino un gran elefante.

Miguel, restregándose los ojos, dudoso de que fuese cierto lo que veía, exclamó, con gesto de verdadera y angustiosa preocupación. “Por favor, Perucho, para la camioneta. Ese ratón que yo cargo me tiene en el delirium tremens. Junto con el elefante estoy viendo una jirafa”, gritó, nervioso.

Perucho echó la camioneta hacia un lado de la arenosa carretera y ambos comenzaron a observar, perplejos, todo un desfile de jirafas, elefantes, leones y hasta tigres de Bengala. Cuando se convencieron de no estar viendo visiones, los dos soltaron la carcajada.

“Nos habíamos tropezado con una caravana del circo Razzore, que venía a pie hacia El Tigre, desde Ciudad Bolívar”.



Cucho TESTIGO OCULAR

VÍCTOR SUÁREZ/

-Vaya, Gusto, hágale una foto a Cucho, ordenó Evaristo Marín, popularmente llamado Mano Varo (MV) en los medios periodísticos. Cucho estaba de pie, con el pico enterrado en su pecho esponjoso en la punta anterior de la lancha La Antojosa, en la playa del mercado de Los Cocos. No se había movido de allí desde las nueve de la mañana. A las doce no se sabía si estaba durmiendo, descansando o anotando el trajín de pescadores, vendedores y compradores de pescado fresco que todos los sábados se arremolinan en el Paseo Colón de Puerto La Cruz.

En sus tantos años de carrera como fotógrafo, Augusto Hernández había aprendido que cuando le hablaba con esa determinación MV ya consideraba que el sujeto en cuestión era el principal sospechoso o el testigo principal o el principal colaborador o cómplice de cualquier cosa que estuviera investigando. O, por lo menos, no era descartable. Inmediatamente Augusto



Demoliciones en el Paseo Colón de Puerto La Cruz.

disparó 36 veces su Pentax K1, que viene con sistema Pixel Shift Resolution con función de corrección de movimientos. Pero Cucho se mantuvo tieso todo el tiempo.

En la central de la PTJ habían recibido decenas de denuncias de clientes que habían perdido

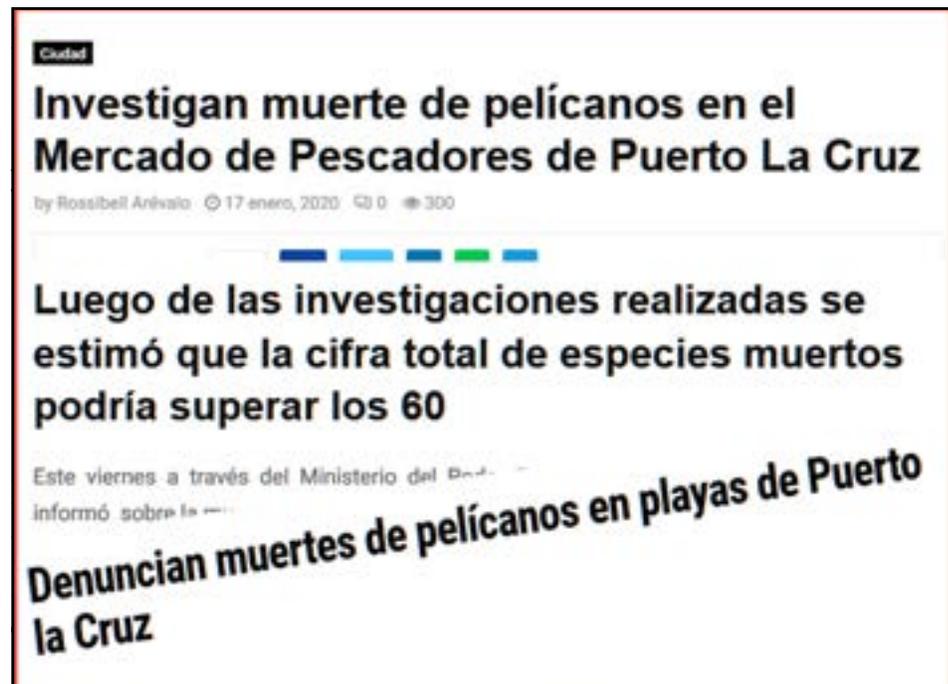
sortijas, relojes, aretes, pulseras y collares en las inmediaciones del mercado. En ninguna de las denuncias aparecía asentada la palabra *violencia*, producto de algún arrebato silvestre. Todas las personas afectadas dijeron que se habían percatado de tales pérdidas luego de haber

vuelto a sus hogares, mientras desempacaban las compras. Asimismo, comenzaron a aparecer decenas de alcatraces muertos, tanto en Playa Mansa de Lechería como en los dos kilómetros y medio que median entre la redoma de Guaraguao y la Capitanía de Puerto, a la vera del boulevard que había construido el General Medina Angarita en 1940.

Un pelícano muerto o un anillo perdido no ameritan nota alguna en ningún medio de comunicación, por parroquial que fuese. “Es el conjunto, Gusto”, roncó MV esa tarde en el bar del hotel Meliá.

“En Caracas, Misael nos va a mandar a la mierda si sabe que estamos perdiendo el tiempo en esto”, replicó Augusto. “Son seis aretes los que le faltan a la luna, siete esclavas las que se perdieron sin saber cómo, dos mancuernas de oro se le desaparecieron a don Genaro Yaselli, son cuadro cadenas y cuatro crucifijos los denunciados como objetos perdidos, sin tres dijes y un direte se quedó el ajuar de Crucita Valera, y la mujer de Gaspar Galindo ya no tiene anillo de casada... Todo ello en la última semana. Tienes que ver el conjunto, Gusto”.

También presionaba la alharaca de los ecologistas, que denunciaban la depredación de la fauna marina. En Playa Mansa, al oeste del Morro de Barcelona, había aparecido un alcazaz enchumbado de petróleo. La mayor cantidad, unos sesenta regados a lo largo



Omar González Moreno estaba inscribiendo a dos nuevos afiliados, luego de una intensa campaña proselitista en todo el estado. No salió de casa. Le dijo a Augusto que los lunes son de zapatero, y que se quedara quieto, pero atento.

Evaristo Marín debió haber sido masón en algún momento de su vida, o rosacruz, o miembro de alguna otra sociedad secreta. Cuando llegó a Ciudad Bolívar en 1957, como corresponsal de *El Nacional*, en un aparte de una reunión de la Asociación Venezolana de Periodistas (AVP) le preguntó al fotógrafo Joaquín Latorraca cómo era eso de que no se me ocurra comer sapoara sin cortarle la cabeza. “Cómase la con gusto –le dijo Lato–. Si luego pone la torta, será por su exclusiva terquedad”. MV entendía desde entonces que cualquier tortura consciente a los animales estaba asociada a ritos satánicos o a costumbres y creencias tan

capacidad de profetizar el paso seguro de los muertos del mundo terrenal al inframundo, pero en el oriente venezolano esa facultad le estaba reservada al Chaure, un lechuzo al que solo se le oye susurrar durante los velorios o cuando alguna niña ha salido preñada, según el compay Cheguaco. En el Siglo I DC, Plinio El Viejo se maravillaba de los dos estómagos, uno en el pico y otro en el abdomen. Los judíos lo consideraban un animal impuro y por ello no se lo comían ni a coñazos, al igual que en las playas orientales, donde dicen que es más duro que sancocho é pato. En la Europa medieval se creía que el pelícano llegaba al autosacrificio ante las urgencias de sus crías, hasta el punto de proporcionarles su propia sangre hiriéndose en el pecho cuando no había comida disponible. Uno de los cinco himnos que compuso Tomás de Aquino (“*Te adoro con*

devoción”) dice: «Señor Jesús, pelícano bueno, / límpiame a mí, inmundo, con tu sangre, / de la que una sola gota puede liberar / al mundo entero de todos los pecados»).

MV dejó las copias de los manuscritos que le había regalado el profesor J. F. Reyes Baena, director de *El Nacional* cuando le encomendó la corresponsalía de Tucupita a mediados de los años '50, y se puso a mirar fijamente a Cucho en el monitor del PC. “Este carajo está haciendo la digestión, se está estrujando el pecho con el pico para desalojar por completo el saco gular que tiene dentro, se está tragando su bolo alimenticio. Los pescadores sacaron sus redes a las ocho de la mañana, Cucho enganchó lo suyo y luego se encaramó en la lancha. Ahora está descansando sobre sus patas de palmípedo”.

CRÍTICA

DE LA RAZÓN IMPURA

Llamó a Imparques y a la fundación “Agua para todos”, que fueron los que encontraron a los alcatraces yertos en las playas de la bahía de Pozuelos. Desde enero la conmoción ha cundido en el distrito Sotillo; que se ubica a escasos 38 metros sobre el nivel del mar.

Como siempre, las versiones se multiplicaron. La más peregrina se refiere a que, debido a la polución ocasionada por los barcos petroleros y a la nube tóxica que emana la cementera socialista de Pertigalete, a los alcatraces les estaba fallando el tren de aterrizaje y se les



Demoliciones en el Paseo Colón de Puerto La Cruz.

habían tupido las bolsas de aire que tienen hasta en los huesos, y por ello al lanzarse en picado en busca de sus presas se espatillaban contra la superficie marina. Y resultaban lesionados. Nadan hasta la costa o las olas los arrastran y allí se quedan, agonizando. El sistema neumático de los pelícanos es muy sensible, dijeron algunos analistas de la Escuela de Oceanografía de la Universidad de Oriente. Su red de sacos de aire situados en la superficie ventral, garganta, pecho y la parte inferior de las alas y en los huesos, están conectados a las vías aéreas del sistema respiratorio. Cuando el pelícano cierra la glotis, los sacos de aire se mantienen inflados. Ello amortigua el golpe cuando se lanzan como kamikazes y además les permite flotar sin hacer mucho esfuerzo.

MV puso a un lado las razones

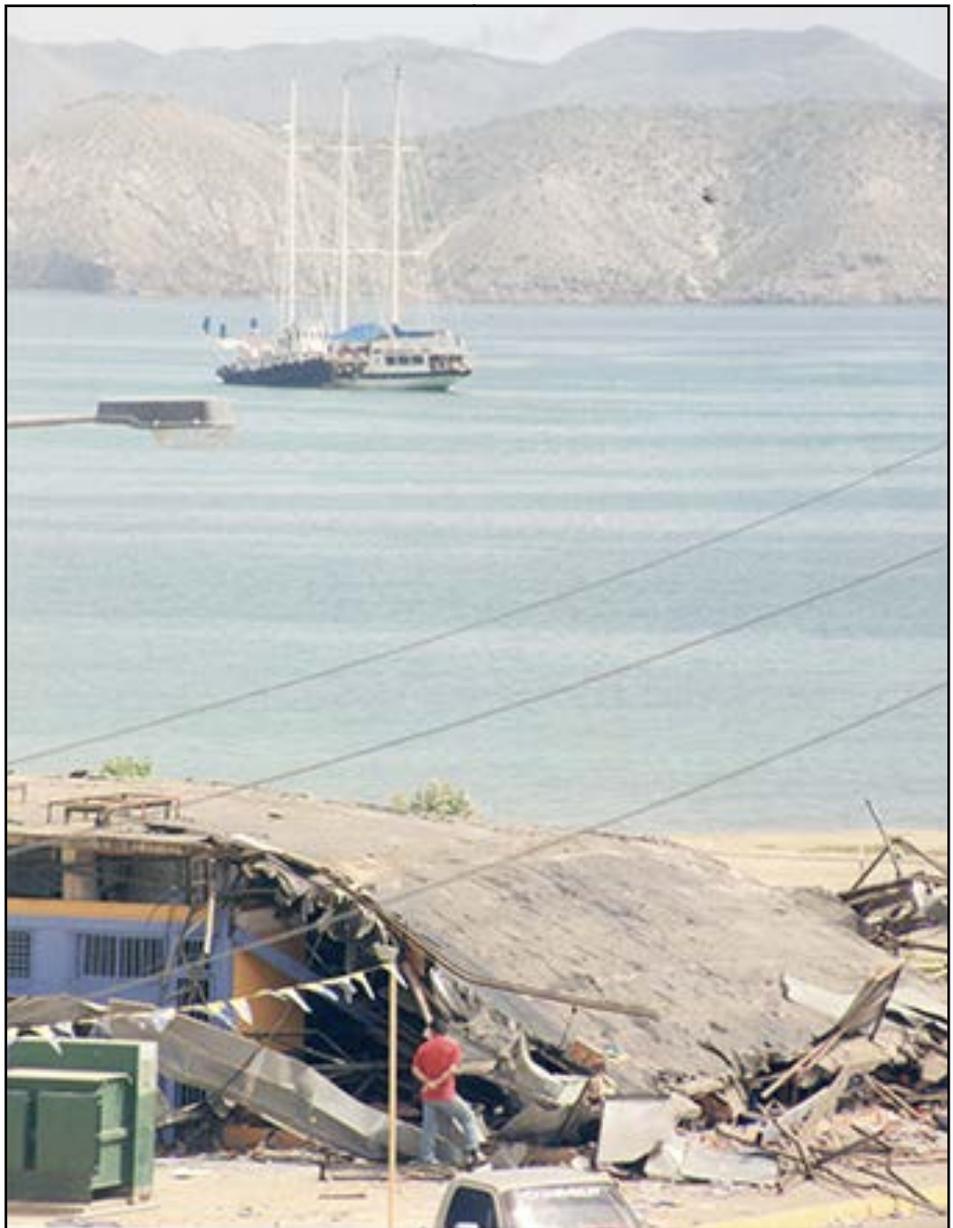
de los oceanógrafos de la UDO, a muchos de los cuales conocía desde los tiempos en que fue director de RRPP en esa institución universitaria. Uno de ellos, ya jubilado, le dijo en el cafetín del rectorado: “¿Recuerdas la campaña contra el paludismo y otras plagas, cuando *La Conga* José Rosales laboraba en Malariología? Cada seis meses fumigaban pueblo y playas con DDT. Eso fue mortal, no solo para los anófeles sino también para todo bicho volador con plumas. Cayeron las garzas, las gaviotas y los alcatraces. Fue terrible. El DDT (*Dichlorodiphenyltrichloroethane*) es tóxico para la reproducción de pelícanos y muchas otras aves, provoca el adelgazamiento y debilitamiento de la cáscara del huevo y el consiguiente fracaso reproductivo por culpa de las roturas accidentales causadas

por las propias aves criadoras. A partir de la prohibición de su uso en 1972, la cáscara de los huevos aumentó de grosor y las poblaciones pudieron recuperarse en gran medida”.

NUBE TÓXICA CHAVISTA

Avanza la mañana del lunes y MV encuentra que el tema de la contaminación es alarmante. «Este problema siempre existió, pero se ha agravado desde la expropiación de la cementera por la falta de mantenimiento». La planta de cemento de Pertigalete, aledaña al puerto de Guanta, a 6 km de Puerto La Cruz, fue construida por el industrial Eugenio Mendoza hace más de sesenta años, luego pasó a manos de la azteca Cemex y en 2008 fue expropiada por Chávez. MV llamó a algunos empleados. ¿Qué pasa con la caliza y los esquistos pulverizados que se esparcen sobre la bahía? Muy fácil, le responden: los filtros que deben succionar los residuos que genera el proceso de producción del cemento están dañados y ya no cumplen su función, por lo que ahora salen al aire sin control. El colmo es que por ineficacia gubernamental están dañados seis de los siete hornos que tiene la planta, su producción se encuentra en mínimos, y sin embargo ahora contamina más que nunca.

La nube tóxica impacta en la población. Debido al polvillo, de cada 10 niños atendidos en el principal centro sanitario de la localidad, 6 lo son por problemas respiratorios o



Fuente Mar, en escombros, frente al azul de la bahía portocruzana.

cutáneos. Los problemas respiratorios son también una de las causas más frecuentes por las que los adultos acuden al médico. «Quienes más sufren son los lactantes y pacientes asmáticos», le dijo una paisana consultada. Y también los acuíferos, los corales, las aves y todo el ecosistema de la zona.

Pero VM seguía dudando. Esa nube hubiera matado a todos los alcatraces y a otras

especies, aunque en efecto por esa causa están muriendo paulatinamente. Estos sesenta han muerto en pocas semanas y sus restos han sido localizados en el mismo plano lineal del Paseo Colón. Eso no es lo que está pasando aquí, se dijo VM.

Llamó al presidente de “Agua para Todos”, Rodolfo Gil. Declaró que una vez recibido el alerta, fueron al mercado de Los Cocos. Caminaron un tanto

más allá y encontraron otras doce aves muertas a orillas del canal que descarga las aguas residuales del boulevard. ¿Y qué hicieron? Activamos el primer cerco de seguridad, aseguró Gil. **INDIGENTES Y PARÁSITOS**

Otra versión le echa la culpa al hambre. Y entre los hambrientos, que no tienen acceso a comida, bien por desabastecimiento o a los altos precios, están en la escala más baja los indigentes. Estos pululan en los vertederos, a las puertas de clubes y restaurantes, en los contenedores de los mercados, en los patios de las empresas empacadoras, en la playa a la espera del arribo de los trenes de pesca. Los pescadores desechan las especies con escaso valor comercial, y entonces comienza la refriega entre los indigentes y los alcastraces, cada uno luchando por los residuos.

VM le pregunta su parecer a Rodolfo Gil, el de “Agua para Todos”. “Los pescadores aseguran que los indigentes están matando a los pelícanos para comérselos, pero tenemos que tomar en cuenta que fueron encontrados varios cuerpos de estas aves descompuestos y en algunos casos enteros, lo que nos hace presumir que la causa de muerte también puede ser otra”.

A pesar de sus esfuerzos con los vecinos, policías, agentes de tránsito, guardias nacionales y parqueros, MV todavía no ha encontrado evidencias de



que los indigentes han estado alimentándose con estas aves. No ha encontrado ni una sola pluma chamuscada. Cuando salga de casa el martes irá de nuevo a Los Cocos a ver si se topa con el rastro de algún convite peletancudo.

El tercer factor son los mismos pescadores, que entran en el rosario de los sospechosos. Son centenares. Tienen sus tiendas allí, aparcen sus botes allí, tasajea el pescado allí. Los limpian y lanzan los restos a la arena. Cuando llegan los botes, antes de que caliente el sol allí en la playa, sienten el ojo del indigente muy cerca de sí, y también el de los alcastraces. Los pescadores espantan a los indigentes y a las aves las maltratan, dicen.

“Recibimos denuncias de que los pescadores golpean a los pelícanos porque estos les roban el producto que extraen del mar, y les fracturan sus alas. Les haremos responsables de lo

que les ocurra a las aves en la bahía de Pozuelos, de continuar registrándose estas muertes”, subrayó Gil. VM anotó la advertencia.

Por WhatsApp, le pide opinión a Luisa del Valle, que vive frente a Playa Mansa, en Lechería: “Los alcastraces se ven por acá cuando hay sardinas en la costa o cuando están sacando los trenes de pesca. En los restos del muelle que hizo hace mil años Mario Sánchez, antiguo transportista de la localidad, siempre hay cotúas y a veces alcastraces tomando el sol. Pero no muchos. A lo mejor alguien muy necesitado se los coma. Eso comentan, pero igual dicen que es mentira, pues la carne es demasiado dura. En Los Cocos sí los hay todo el tiempo, y muchos. Cuando vas a comprar pescado, te toca a veces caminar entre ellos.

MERODEOS SIN PISTA

Empezó a fantasear sobre lo mismo: urracas que

robaban joyas por su cuenta; los ruiseñores de la cárcel de Alcatraz en California; el enano que se quedó dormido dentro de la bóveda del banco; el águila que crió González Gorrondona en su quinta en el Ávila; las diferencias entre un alcatraz y un pelícano. No se sabe cuántas medidas de chinchorro tuvo que emplear MV para recordar el caso del chichero que exponía sus latones melosos a las puertas del Teatro Metropolitano, en El Silencio, a media cuadra de la sede del diario *El Nacional*. Una vez que fue a Caracas a recibir un premio en reconocimiento a las 180 informaciones exclusivas que ofreció en un semestre en tanto corresponsal en Barcelona, fue testigo de una tángana muy ruidosa. Un ratero le había arrebatado el reloj de pulsera a una dama. El caco corrió hacia la esquina de Puente Nuevo, a su paso el chichero quitó la tapa del tonel y el reloj cayó en el pozo de arroz, leche y canela. El ladrón siguió calle abajo. Justo en ese momento, “Monería”, un percusionista barcelonés que tocaba algunas veces con

Así habría titulado Misael Salazar Leidenz, exjefe de Provincia, este reportaje ficticio en el diario *El Nacional*.



El carismático fotógrafo Augusto Hernández, en las oficinas de la agencia de noticias Notinorca, en Lechería. Año 2000.

la orquesta de Rafito Lara, se estaba lustrando los zapatos a las puertas del teatro. Ante los gritos de la dama, un policía de punto se movió de esquina. “Monería” se levantó de su sillón, apartó al limpiabotas, se dirigió al chichero y llamó la atención del policía. “Meta la mano hasta el fondo. Allí está el reloj de la doña”. Efectivamente. Pero no solo el reloj. En el inmenso canarín estaban otros seis relojes, tres pulseras, dos pares de zarcillos y un diente de oro. El chichero fue obligado a rebuscar con el cucharón hasta que emergió el

último fruto de la red de la que era aguantador.

Entonces Evatisto dio un salto en el chinchorro. Dejó las pantuflas, se puso su guayabera blanca, se ajustó los tirantes, se cimbró el sombrero, recogió grabador, libreta y paper mate. Llamó a Augusto y le dijo que se encontrarían en el Fish Market, al lado de Los Cocos, a las tres de la tarde de ese lunes de zapatero.

Antes de salir de casa, también llamó al inspector Palomo Perdomo, de la delegación de la PTJ de Barcelona: “te tengo una primicia”, le dijo.

Red de pescadores utilizaba alcatraces para ocultar robos

Mientras vendían pescado, despojaban a los clientes de sus joyas y las escondían en el buche de los pelícanos que merodean el mercado Los Cocos, en el Paseo Colón de Puerto La Cruz. Pero, al no poder identificar a las aves que escondían el botín, comenzaron a matarlas al azar, en número de 72 en un mes. Solo se salvó Cucho, un alcatraz de 25 años de edad que nunca abrió el pico para asociarse a la pandilla.

Especial, EVARISTO MARÍN. Fotos/ AUGUSTO HERNÁNDEZ